

Rosana Guber

El Salvaje metropolitano Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo

306 Guber, Rosana
CDD El salvaje metropolitano : reconstrucción del conocimiento social en e
trabajo de campo.- 1' ed.- Buenos Aires : Paidós- 2004.
328 p. : 22x14 cm: (Estudios de comunicación)
ISBN 950-12-2719-7
1. Antropología Social 1. Título

Cubierta de Gustavo Macri
Foto de cubierta: gentileza de Carmen Guarini

1a. edición en Editorial Legase. 1991
la. edición en Editorial Paidós. 2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por - cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2004 de todas las ediciones

Editorial Paidós SAICF Defensa 599. Buenos Aires
e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723 Impreso en la Argentina -
Printed in Argentina
Impreso en Gráfica -MPS, Santiago del Estero 338. Lanús. Buenos Aires, en febrero
de 2004 Tirada: 2000 ejemplares

10. La entrevista antropológica: Introducción a la no directividad

Cierta información puede obtenerse sólo parcialmente a través de la observación: los sistemas de representaciones, nociones, ideas, creencias, valores, normas, criterios de adscripción y clasificación, entre otros. Si bien advertimos que no es conveniente caer en simplificaciones, la entrevista es una de las técnicas más apropiada para acceder al universo de significaciones de los actores. –asimismo, la referencia a acciones. pasadas o presentes, de sí o de terceros. que no hayan sido atestiguadas por el investigador puede alcanzarse a través de la entrevista. Entendida como relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones. es además una instancia de observación: al material discursivo debe agregarse la información acerca del contexto del entrevistado. sus características físicas y su conducta.

Sin embargo, existen muchas variantes de esta técnica, cada una con su respectivo marco, fines y modalidades. Pueden identificarse las entrevistas dirigidas que se aplican a través de un cuestionario preestablecido; las semiestructuradas, focalizadas en una temática: las entrevistas clínicas. orientadas a la interpretación sociopsicológica. Las entrevistas se emplean tanto en la investigación científica como en encuestas de opinión y de sondeo político. En este y el próximo capítulo nos ocuparemos de lo que algunos autores llaman “entrevista antropológica o etnográfica” (*ethnographic interview*. según Agar, 1980 y Spradley, 1979), también conocida como “entrevista informal” (Kemp y Ellen, 1984) o “no directiva” (Thiollent, 1982; Kandel, 1982 y otros autores provenientes de la sociología).¹ Esta especie se añade al bagaje técnico metodológico del que se ha valido la antropología para conocer otras sociedades y culturas. bajo la premisa de que ese conocimiento no caiga en perspectivas emo s sociocéntricas.

1. No hay preguntas sin respuestas (implícitas)

La necesidad de sistematizar la entrevista empleada en el trabajo de campo antropológico surgió de su progresiva diferenciación de otras variantes de

¹ Para bibliografía referida a la entrevista en encuestas y cuestionarios más clásicamente empleada en ciencias sociales. sugerimos consultar Boudon y Lazarsfeld (19,3). Pardinas (1969), Schatzman y Strauss i 1973). Selltiz (1950). Zelditch (1982), entre otros.

esa misma técnica. La tardía justificación de su cientificidad por parte de los antropólogos fue realizada cuando comenzaba a decaer el reinado positivista de las técnicas cuantitativas, buscándose entonces otras vías que aseguraran un conocimiento más profundo y “objetivo” de lo real. Tal fue la razón para que en los años treinta irrumpieran los estudios naturalistas en barriadas, pueblos y ciudades: el investigador abandonó el gabinete y se dirigió al contexto donde se desenvolvían habitualmente los actores; allí los observó y entrevistó: tomarlos en su propio medio parecía garantizar una información confiable y veraz. A pesar de que esta perspectiva, clásica en las etnografías, llevara consigo la impronta de un acusado empirismo, su rescate es posible desde una mirada epistemológica alternativa, dado su gran aporte al conocimiento de otras culturas y de la cultura y sociedad del investigador. Revisaremos este potencial, contrastando la entrevista antropológica con la entrevista estructurada.

Según la metodología tradicional en ciencias sociales, el entrevistador debe suministrar un cuestionario idéntico a todos los entrevistados, con las mismas preguntas cerradas (a responder por sí-no-no sé), abiertas (a responder en palabras del informante) y de elección múltiple (más conocida como *multiple choice*, en las cuales se presenta un número determinado de respuestas optativas). Las preguntas deben ser formuladas en la misma secuencia, registrando puntualmente las respuestas (Thiollent, 1982: 79). Se supone que así todos los respondientes se encuentran sometidos a las mismas condiciones de interrogación y, por lo tanto, sus afirmaciones tienen el mismo valor.

Veamos un cuestionario suministrado a agentes oficiales y vecinos de una villa miseria para penetrar en su imagen acerca de los residentes de villas y los prejuicios sociales hacia ese sector socio-residencial. El análisis de este cuestionario nos permitirá hacer algunas puntualizaciones sobre las características de esta herramienta. Nuestra tesis es que su mayor limitación proviene de que los supuestos del investigador se proyectan en el discurso, cerrando el acceso al universo de sentidos que componen la perspectiva del actor, puede ser, entonces, una herramienta de conocimiento sociocéntrico.

Cuestionario

1. ¿Hay prejuicios contra los villeros?
2. ¿Quiénes los sustentan?
3. ¿Usted los comparte? Sí-No. ¿Por qué?
4. ¿Cómo sabe estas cosas de los villeros? (¿Directa o indirectamente?)
5. ¿Fue alguna vez a una villa? ¿Por qué? ¿Para qué?
6. ¿Tuvo algún inconveniente? ¿De qué tipo?
7. ¿Cómo fue la relación con los pobladores?

8. ¿Cómo viven?
9. ¿Qué problemas tienen?
10. ¿Son un problema las villas? ¿Por qué?
11. ¿Cómo se podrá/deberá resolver?
12. ¿Conoce algunos intentos? ¿Por parte de quiénes? ¿Han sido exitosos o fracasaron? ¿Por qué?

Estas preguntas pueden agruparse en bloques temáticos:

- la percepción/reconocimiento de los prejuicios contra los villeros (1-3);
- el carácter directo o indirecto del conocimiento que sustenta el no villero acerca del villero (4-7);
- la villa como problema; soluciones (8-12).

La primera serie trata de establecer el grado de conciencia de los informantes con respecto a las ideas preuicidas. La segunda trata de establecer si el informante conoce de primera mano o si las impresiones le han sido transmitidas por terceros. Es frecuente –tanto en la teoría social como en el sentido común– que los prejuicios se conciben como juicios a priori sin conocimiento suficiente y que se identifique a este “conocimiento” con el “de primera mano” (como vemos, en el sentido común también operan premisas empiristas). La tercera serie se refiere a la villa miseria como “problema” que requiere soluciones. La confección del cuestionario responde a una concepción teórica del prejuicio, según la cual el informante puede reconocer-se sujeto de prejuicio y reconocer al villero como su objeto; también supone que el prejuicio se asienta sobre un conocimiento indirecto (y por eso insuficiente), que puede llegar a ser inmune a la confrontación empírica: en este marco las villas y sus habitantes son “un problema” y son caracterizados desde dicho ángulo; pero aún hay algo más. El uso del término “villero” predispone negativamente al informante, ya que en el sentido común y el habla corriente suele emplearse como insulto, tanto en las inmediaciones como en zonas más alejadas. Al confeccionar el cuestionario, el investigador desconoce que “vivir en una villa” y “ser un villero” son cosas diferentes para quienes no residen en estos asentamientos; la primera expresión no tiene necesariamente las connotaciones negativas de la segunda. Por eso, averiguar “si ser villero es malo” (o un problema) es casi lo mismo que preguntar “de qué color era el caballo blanco de San Martín”.

¿A qué se deben estas limitaciones? ¿A una falta del investigador, a su inexperiencia? Probablemente, pero quizá su explicación más relevante deba buscarse en las bases epistemológicas según las cuales se concibe la relación cognitiva entre dos sujetos, a través de las preguntas y respuestas,

en el contexto de la entrevista.

Según la concepción positivista nos hemos acostumbrado a creer que para saber algo basta con preguntar. La respuesta a una pregunta colmaría la ansiedad de conocimiento. Pero esto es sólo parcialmente cierto, ya que supone que las preguntas formuladas por el investigador pertenecen al mismo universo de sentido que las respuestas del informante. El investigador se pone en contacto con una población cuyo universo desconoce e incorpora las respuestas directamente a su propio marco. Veamos un ejemplo. Encontrándose Hermitte en Pinola se emprendió un censo sociocultural en el marco del Proyecto Chicago-Chiapas (1960) del cual ella participaba. La siguiente situación se produjo cuando Hermitte hizo una pregunta referida al parentesco:

–Nazario, ¿cuántos hermanos tenés?

–Ninguno.

Hermitte, por conocimientos previos, sabía que Nazario tenía cinco hermanos que habían conversado con ella en varias oportunidades. Le preguntó un poco sorprendida:

– ¿Pero Antonio y Pedro qué son?

– Mis hermanitos –le contestó Nazario.

No era una broma: el malentendido provenía de una distinción propia de la lengua tzeltal, en que se designa *banquil* al hermano mayor que *ego y kitzin* al hermano menor. Un censista no adiestrado en estas sutilezas –que en el caso citado fue posible advertir porque la censista tenía ya un largo trabajo de campo– habría pasado por alto buena parte de la unidad doméstica.

En el proceso de conocimiento, las preguntas y respuestas no son dos bloques separados sino partes de una misma reflexión y una misma lógica, que es la de quien interroga: el investigador. Y esto no se debe a que el informante responda lo que el investigador quiere oír (o no diga “la verdad”), sino a que cuanto diga será incorporado por el investigador a su propio contexto interpretativo, a su propia lógica. Al plantear sus preguntas, el investigador establece el marco interpretativo de las respuestas, es decir, el contexto donde lo verbalizado por los informantes tendrá sentido para la investigación y el universo cognitivo del investigador. Este contexto se expresa a través de la selección temática y los términos de las preguntas además de, obviamente, el análisis de datos. El sentido de “villero” puede o no ser el mismo para todos los respondientes y quizá ocurra que algunos ni siquiera emplean el término. Pero todo cuanto digan será decodificado por el investigador como respuesta a lo que él solicitó, como una categoría con lugar y valor preestablecidos. Tal desfase, generalmente encubierto y

desconocido, se hace manifiesto cuando el investigador pertenece a un universo cultural diferente del de sus informantes. Entonces, la aparentemente unívoca pregunta “¿cuántos hermanos tenés?” expresa una distinción de parentesco propia de la sociedad del investigador, más que una primera averiguación totalmente neutral y objetiva acerca de quiénes componen la unidad doméstica del informante. Efectivamente, una pregunta alternativa podía haber sido: ¿quiénes componen la familia?, ¿con quiénes vive?, etc.

Comprender los términos de una cultura o de un grupo social, la perspectiva del actor, consiste en reconocer que el de los informantes es un universo distinto del mundo del investigador. Y esto no vale sólo para los grupos étnicos sino para todos los agrupamientos humanos. Si es que los reconocemos una lógica propia, para organizar su universo, en función de una específica ubicación social. Por eso es conveniente que el investigador empiece por reconocer su propio marco interpretativo acerca de lo que estudiará y lo diferencie, en la medida de lo posible, del marco de los sujetos de estudio; este reconocimiento puede hacerse revelando las respuestas que subyacen en un cuestionario hipotético. Por ejemplo, cuando se le pregunta a un oficinista y a un ama de casa: “¿de qué trabaja?”, el investigador puede ostentar una noción de trabajo predeterminada, a la que casi seguramente intentará ajustar las respuestas, sin mediaciones. ¿Qué supuestos encubre esta pregunta? Que el informante desempeña una actividad consistente en una labor remunerada por las horas invertidas; sin embargo, este concepto es sólo uno de los tantos posibles. Quizá el informante comparta la misma noción pero bajo otras denominaciones y en forma de otras prácticas. Por ejemplo, ¿se considera `trabajo- la colaboración infantil en el hogar en el medio rural, las labores del ama de casa y el trabajo doméstico no remunerado, el robo sistematizado, la autoconstrucción de la vivienda propia los fines de semana o la mendicidad?

Este reconocimiento es vital para acceder a un universo diferente y peculiar de significaciones porque, de lo contrario, el investigador puede suponer que está obteniendo respuestas a su pregunta y a su universo; en realidad, esas respuestas le están siendo planteadas desde otro universo, pero el investigador las interpreta como respuestas dentro de su propio marco. Dicho de otro modo: aunque aparentemente manejen el mismo idioma, hablan de cosas diferentes pero no lo saben. El riesgo es proyectar conceptos y sentidos del investigador en las palabras del informante, corroborando lo que se proponían encontrar; no se pueden descubrir (ni sorprender) nuevas relaciones y sentidos; las investigaciones de este tipo acaban siendo meras tautologías. Que un sujeto cognoscente deba partir de su universo no significa que deba mantenerse necesariamente en él por el

resto de la investigación. Esta es la diferencia entre una investigación que busca descubrir y otra que pretende ratificar; entre un enfoque que aspira a integrar la perspectiva del actor desde los actores, Y otra que proyecta en ellos los supuestos s- la lógica del investigador. En síntesis, ésta es la diferencia entre una investigación sociocéntrica y otra que no lo es.

A diferencia de la observación participante, la entrevista como interacción témporo-espacialmente situada, en la cual un sujeto –el investigador– obtiene información de otro –el informante– ha sido un recurso técnico relevante en otras ciencias sociales y ha debido respetar los requerimientos de cientificidad exigidos por la corriente epistemológica dominante. Así, cada técnica lleva consigo una especie de “marca de fábrica”, la impronta de la epistemología que la vio nacer. La observación participante surgió amparada por una “vuelta al naturalismo” en las ciencias sociales. La entrevista fue prolijada por el positivismo, de lo cual acabamos de analizar uno de sus rasgos más salientes: la relación cognitiva entre preguntas y respuestas. Pero hay, además, otros supuestos subyacentes en la aplicación de esta técnica. La entrevista en ciencias sociales se presenta como una relación diádica canalizada por la discursividad. Ya se trate de hechos, actitudes, opiniones o recuerdos, el investigador obtiene materiales y da sus consignas al informante a través de la palabra. Estas características se fundan en una concepción de lo social basada en ciertos supuestos:

- para conocer una unidad sociocultural se puede recurrir a la interrogación de sus miembros;
- cada miembro es una síntesis global portadora de los hechos y normas dominantes de esa unidad social;
- las posibilidades de expresión discursiva son básicamente las mismas para todos los miembros de una sociedad (o de la unidad sociocultural);
- la respuesta a una pregunta expresa, directamente, los hechos las normas dominantes;
- esa respuesta es sustentada individualmente por cada persona y revela su propia opinión;
- cada individuo puede proveer esa respuesta cuando le es solicitada.

Estos supuestos pueden agruparse en dos órdenes, uno sociológico y otro epistemológico, a su vez relacionados entre sí. Se ha dicho, sociológicamente, que la entrevista en general, pero particularmente la estandarizada para todos los informantes a través de una relación dialógica, supone que cada individuo puede expresar patrones sociales y opiniones acerca de su sociedad. Ello implicaría que los respondientes son capaces de conformar una opinión acerca de los temas que interesan al investigador. Pero estos temas pueden no ser igualmente significativos ni tampoco

haberse planteado para la discursividad en todos los sectores sociales (Menéndez, 1984). Señalamos en otra parte la distinción que introduce Bourdieu entre el conocimiento teórico y el conocimiento práctico. Por ocupar un lugar y tener una significación diferente en un intelectual, un comerciante y un obrero no calificado y semianalfabeto, la verbalización es un vehículo desigual según el grupo social de que se trate (Bourdieu, 1982). La mayoría de los temas abordados por las entrevistas en investigación social son cuestiones que los informantes quizá manejen cotidianamente, no reflexiva sino prácticamente, en el decurso de su vida, en sus contextos específicos.

La entrevista significa una alteración de los términos habituales de interacción social para la mayoría de los actores sociales (más aún, en los sectores y grupos étnicos estudiados por los antropólogos). La interacción aparece inclinada a la mayor discursividad del informante sobre la base de impulsos provistos por el investigador. Sumado a que, por lo general, la gente no pide ser entrevistada para una investigación social (y mucho menos antropológica), se le solicita que se expida sobre cuestiones de las cuales puede no tener una opinión formada (Riessman, en Menéndez 1984). Sin embargo, el investigador no concluye esto de las a veces magras respuestas obtenidas, sino de un tono general de apatía, oposición o ignorancia por parte del informante. La extrapolación de temáticas y marcos interpretativos es más acusada en las encuestas pero, como vimos, no desaparece en las entrevistas con preguntas abiertas, ni en las no directivas. Y esto sucede porque, entre otras cosas, la entrevista implica, sociológicamente, epistemológicamente, una relación diferencial y asimétrica. Sociológicamente, el investigador representa a un sector de *status* superior –económico, cultural, etc.– al del entrevistado. Pero esa superioridad puede emerger incluso si el dominio no proviene del origen social del entrevistador y el entrevistado; surge en la forma de la interacción: una pregunta, el otro responde. Por eso, epistemológicamente, el investigador impone el marco del encuentro y de la relación, las temáticas a tratar y el destino de la información. Lilian Kandel (1982) encuadra este condicionamiento como resultado de la división social del trabajo intelectual, como la monopolización del saber y de la capacidad de preguntar por el investigador. El solo hecho de un encuentro a solas con alguien que se presenta como investigador o científico, la puntualización de temas, todo esto implica ya cierta orientación y condicionamiento de las respuestas. No pretendemos aquí resolver tamaña cuestión, sino puntualizar algunos aspectos del problema y proponer algunas formas de trabajo para advertir y controlar lo más posible sus consecuencias.² Para ello.

² El excelente libro *Learning how to Ask* de Charles Briggs (1996) presenta

trazaremos el marco general y los propósitos de la entrevista no directiva desde un enfoque no empirista.

2. Límites y supuestos de la no directividad

Para evitar el etnocentrismo, la antropología apeló tradicionalmente a la presencia directa del investigador en el campo. Para estudiar la compleja articulación de las culturas cuyas pautas eran desconocidas para el mundo del investigador. éste debía, primero, acceder a una mínima comprensión de la lógica del universo de los sujetos. Con respecto a la entrevista, la tarea se dificultaba aún más por el desconocimiento de la lengua. Así es como primero el investigador debía aprenderla y, en ese mismo proceso, iba internándose en la lógica de la cultura y la vida social. En estos contextos, la no directividad como vía para acceder a la diversidad era una medida obligatoria. En las sociedades complejas y más aún en la del investigador, esas “naturales diferencias” parecieron diluirse.

A medida que se fue acercando a su propio medio, a su sector social, a las instituciones que frecuentaba desde su más temprana socialización empleando un lenguaje que le resulta conocido “desde siempre”, la distancia etnográfica se acortó peligrosamente. Para reconocerla, el investigador necesitó ubicarse en una posición de desconocimiento, sospecha y duda acerca de sus certezas, que constituían ni más ni menos que el fundamento de sus formas de actuar y concebir el mundo, los parámetros de “lo normal”. La no directividad se ha resignificado en sociedades más familiares al investigador. La diferencia cultural no es, al menos aparentemente, tan ostensible.

Combinada con el enfoque empirista, la no directividad se funda en el supuesto del “hombre invisible”, como si no focalizar en un tema y no proponer consignas garantizara que el informante pudiera expresar cuestiones relevantes y significativas o, incluso, como si el investigador pudiera internarse en la mentalidad misma del entrevistado. ¿Es ésta la

exactamente esta perspectiva y también sugiere algunas vías para hacer que dos competencias metacomunicativas puedan por fin encontrarse. Su postura es que los hablantes provienen de distintas competencias; no todos tienen la competencia de conducirse en una entrevista con fines de investigación, aunque pueden ser competentes en otras interacciones como la docencia, la conversación, la seducción amorosa, la entrevista de trabajo, la entrevista policial o judicial, etc. El investigador debe aprehender esas otras competencias y no creer que las respuestas que obtiene a sus preguntas están en verdad en correspondencia con su competencia comunicativa e interpretativa (véase también Guber, 2001).

solución para contrarrestar los inconvenientes de las encuestas estandarizadas y los cuestionarios que imponen problemáticas a los informantes? ¿Está acaso menos presente el investigador aplicando entrevistas no dirigidas que dirigidas? Ambas preguntas ameritan una respuesta a la vez afirmativa y negativa.

La no directividad puede ayudar a corregir la imposición del marco del investigador si, como venimos sugiriendo en capítulos anteriores, esa no directividad se entiende como el resultado de una relación socialmente determinada en la cual cuentan la refluencia de los actores y la del investigador. Esto requiere incorporar al campo de estudio al investigador y las condiciones en que se produce la entrevista. La reflexividad en el trabajo de campo, y particularmente en la entrevista, puede contribuir a diferenciar los respectivos contextos, a detectar permanentemente la presencia de los marcos interpretativos del investigador y de los informantes en la relación, a elucidar cómo cada uno interpreta la relación y sus verbalizaciones; quizás así sea posible establecer un nexo progresivo entre ambos universos, pero no como resultado de observaciones aisladas, sino del proceso global de aprendizaje en campo. Parte de este aprendizaje comienza a dar sus frutos, como sugieren Black y Metzger, cuando el investigador puede identificar qué respuestas subyacen en sus propios interrogantes y, recíprocamente, cuando puede descubrir a qué preguntas responde implícitamente el informante (en Spradley, 1979: 86). El problema planteado es cómo descubrir e incorporar temáticas del universo del informante a la entrevista que no hayan sido previstas por el investigador. ¿Cómo incorporar las categorías de los actores en la formulación de preguntas, si todavía el investigador desconoce esas categorías (como sucedía con el ejemplo del término “villero”)? Si admitimos que los “universos culturales”, es decir, el modo en que un grupo de personas aprendió a ver, oír, hablar, pensar y actuar en su mundo social (Spradley, 1980: 3), son “por definición metodológica” desconocidos de antemano por el investigador, aun cuando aparezcan en forma de términos y modos familiares, el acceso a ese mundo social debería tener en cuenta, por un lado, el proceso de conocimiento del investigador, y por el otro, la construcción de recursos técnicos que contemplen tanto la reflexividad del investigador como la de los informantes.

La no directividad se basa en el supuesto de que “aquello que pertenece al orden afectivo es más profundo, más significativo y más determinante de los comportamientos que el comportamiento intelectualizado” (Guy Michelat, en Thiollent, 1982: 85, la traducción es nuestra). No es extraño hallar entrevistas no directivas en los divanes de los psicoanalistas o en las sesiones de los psicólogos rogerianos: el éxito de esta intervención mediatizada y relativizada del terapeuta reside en dejar fluir la propia

actividad inconsciente del analizado (Thiollent, 1982). La aplicación de este supuesto, válido con matices, a la entrevista antropológica, resulta en la obtención de conceptos experienciales –*experience near concepts*; según Agar, (1980: 90) o categorías sociales, según Rockwell, 1980)– que permitan dar cuenta del modo en que los informantes conciben, viven y llenan de contenido un término o una situación; en esto reside precisamente la significatividad y confiabilidad de la información. Pero para alcanzar esos conceptos significativos, el antropólogo se basa en los testimonios vívidos que obtiene de labios de sus informantes a través de sus líneas de asociación (Palmer, en Burgess, 1982: 1077; Guy Michelat, en Thiollent, 1982: 85). El investigador aprende a reubicar el control propio de las entrevistas estructuradas en las cuales formula las preguntas y pide al entrevistado que se subordine a su concepción de entrevista, a su dinámica, a su cuestionario y a sus categorías. En las no dirigidas, en cambio, solicita al informante que lo introduzca en su universo cultural, que le dé indicios para descubrir los pasajes que le permitan comprender su lógica y en esto se incluye un nuevo ritmo de encuentro, nuevas prioridades temáticas y expresiones categoriales (este planteo es asimilable a la transición que se opera desde participar en términos del investigador a participar en términos de los informantes). Para esto, la entrevista antropológica se gale de tres procedimientos: la atención flotante del investigador, la asociación libre del informante y la categorización diferida del investigador.

Al iniciar su contacto el investigador lleva consigo algunos interrogantes que provienen de sus intereses más generales y, por consiguiente, de su investigación y trabajo de campo. Pero a diferencia de otros contextos investigativos, sus temas y cuestionarios más o menos explicitados son sólo nexos provisorios, guías entre paréntesis que pueden llegar a ser dejadas de lado en el curso del trabajo de campo. La premisa del trabajo de campo antropológico es que, si bien conocemos desde nuestro bagaje conceptual y de sentido común en relación con el objeto de investigación, vamos en busca de temas y conceptos que la población vierte por asociación libre; esto no significa replicar la no directividad de los psicoanalistas, sino que los informantes introducen sus prioridades en forma de temas de conversación y prácticas atestiguadas por el investigador, en modos de recibir preguntas y de preguntar, donde revelan los nudos problemáticos de su realidad social tal como la perciben desde su universo cultural. Para captar este material, el investigador permanece en atención flotante (Guy Michelat y Jacques Maitre, en Thiollent, 1982), un modo de escuchar que consiste en no privilegiar de antemano ningún punto del discurso (pág. 91). Este procedimiento se diferencia del empleado en las encuestas N-cuestionarios porque la libre asociación permite introducir temas y conceptos desde la perspectiva del informante más que desde la lógica del

investigador. Al promover la libre asociación, ello deriva en cierta asimetría parlante en la entrevista antropológica, con verbalizaciones más prolongadas del informante, *r* mínimas o variables intervenciones e inducciones por parte del investigador.

Esta tarea nada sencilla sugiere una metáfora: la de un guía por áreas desconocidas: la metáfora vale porque el investigador aprende a acompañar al informante por los caminos de su lógica. lo cual requiere gran cautela y advertir, sobre todo, las intrusiones incontroladas. Esto implica, además, confiar en que los rumbos elegidos por el baqueano llevarán al investigador a buen destino, aunque poco de lo que vea y suponga quede por el momento demasiado claro. Esos trozos de información, verbalizaciones y prácticas, es decir, las piedras, lianas, árboles y orillas que van atravesando a medida que se internan por la selva, pueden parecer absurdos e inconducentes, pero son el camino que se le propone recorrer. Sin perder sentido crítico y capacidad de asombro, se trata de confiar en que se llegará a alguna parte. es decir, que todo aquello tiene alguna lógica y que esa lógica es la perspectiva del actor. En el proceso de recepción de información, esta confianza se pone de manifiesto en el acto de categorizar. Si concebimos el trabajo de campo como un camino por lo incierto e inesperado, las piedras y lianas podrían asimilarse a los conceptos que, en tanto sentidos,-relaciones sociales, transmiten los informantes y que el investigador no sabe a ciencia cierta cómo decodificar. Dicho más académicamente, “el centramiento de la investigación en el entrevistado supone que el investigador acepta los marcos de referencia de su interlocutor para explorar juntos los aspectos del problema en discusión y del universo cultural en cuestión” (Thiollent, 1982: 93, la traducción es nuestra).

Llevando ya varios meses de trabajo de campo, Hermitte promediaba su investigación sobre la movilidad social en la comunidad bicultural de Pinola; un día su trabajo tomó un giro inesperado que la obligó a reformular profundamente el tema de investigación. Al indagar con un “natural” sobre la imagen que la población indígena tenía del gobierno ladino, surgió el siguiente diálogo (Hermitte, 1961):

H.: – ¿Y cómo es el gobierno de los naturales [los indígenas]?

I.: – Ah, ése es distinto porque los viejitos vuelan y si hacés algo malo lo chingan.

H.: – ¿Cómo? –preguntó sorprendida la investigadora.

I.: – Sí, los viejitos vuelan alto y lo chingan.

Al recibir el material discursivo y actuado, en forma aparentemente desordenada e ininteligible como este pasaje, se suele caer en la tentación de componerlo según los preconceptos del investigador y ejercer, entonces, un control categorial de lo dicho por el entrevistado. Esta categorización a priori, y por lo tanto forzada, se opone a la categorización diferida, según

Maitre (en Thiollent, 1982: 95), una lectura de lo real mediatizada por el informante donde se relativizan los conceptos y categorías del investigador. Una “mentalidad inexperta”, como diría Malinowski, habría seguido de largo, suponiendo que se trataba de una metáfora para, por ejemplo, indicar la sanción moral (Y nada más que moral) de los ancestros. Hermitte reparó inmediatamente en esta formulación, en principio incomprensible, y comenzó a penetrarla hasta encontrar el sistema indígena de creencias fundado en el *nahual* y la brujería como ejes de las nociones y prácticas referidas a la salud y la enfermedad. La investigadora se instaló en la mentalidad indígena, pero no desde una posición de interés general o no teórico, sino reparando en aquel argumento que le resultó incomprensible (GTTCE, 2001). Y si algo puede ser incomprensible es porque se lo refiere a otro marco. Por eso descubrir nuevas preguntas es una muestra más de la capacidad de relativizar el propio universo.

La categorización diferida se concreta, en primer lugar, en la formulación de preguntas abiertas que se van encadenando sobre el discurso del informante hasta configurar un sustrato básico, el marco interpretativo del actor. Este tipo de diálogo demanda un papel activo del entrevistador, por un lado, al reconocer que sus propias pautas de categorización son algunas de las posibles pero no las únicas, y por el otro, al identificar los intersticios del discurso del informante en donde “hacer pie” para penetrar en su interior, para reconocer/ construir la lógica del actor. En segundo lugar, la categorización diferida se lleva a cabo en el registro de información que aparentemente no tiene razón de ser, que no reviste mayor sentido desde el marco interpretativo del investigador. Volviendo a uno de los ejemplos que dimos en el capítulo anterior, la expresión “yo no me doy con la gente de acá”, expresada por doña Nina en Villa Tenderos, sólo adquirió significación algunos meses más tarde. En el momento y por un “disciplinamiento o conducta de antropóloga militante”, me limité a registrar su réplica en mi primera presentación, pero sólo atiné a decodificarla literalmente. En este proceso simultáneo de reconocimiento-del-otro y autoconocimiento, el camino es bidireccional –del investigador al informante y de éste al investigador– pero en un sentido distinto al del cuestionario habitual. En este último, el investigador transmite preguntas y recibe las respuestas de sus informantes. En la entrevista antropológica, el investigador formula preguntas pero lo que obtiene por respuesta se transforma en sus nuevas preguntas. Categorías y conceptos, prioridades e intereses del investigador se mantienen pero se relativizan. Corno va señalamos, al comenzar la investigación es inevitable cierta dosis mínima de sociocentrismo, cuya superación no tiene que ver con adoptar la alternativa empirista, sino con relativizar la propia mentalidad, contrastarla con el campo y desplazarse hacia un reconocimiento de la perspectiva del

actor como independiente de la del investigador (por más que sea él quien trata de construirla también, a partir de sus conceptos y categorías).

Para que este proceso sea factible es necesario tiempo, no en su sentido formal, sino en el de la espera paciente y confiada en que, por el momento, sólo se alcanzan a comprender algunas partes, pero que seguramente, más adelante, se podrán integrar los fragmentos aparentemente dispersos. No se trata de una espera pasiva sino activa, en la cual el investigador va relacionando, hipotetiza, confirma y refuta explicaciones. Esta característica, propia de todo el trabajo de campo antropológico, se torna algo problemática en el diálogo de la entrevista donde, supuestamente, el informante espera que se le pregunte en función de los intereses del investigador. La imagen de este camino podría expresarse en dos fases simultáneas, en parte relacionadas y en parte autónomas: una de deconstrucción/relativización del universo del investigador: otra de construcción de la perspectiva del actor. El investigador se desempeña activamente entre ambas y lo que obtiene en una lo remite a la otra; desde sus categorías aborda las de los informantes pero desde éstas redimensiona las propias. Para ello es necesario que el investigador se diferencie del informante, cosa que en principio no sabe cómo hacer porque presupone el lugar de las diferencias y desconoce la forma de sus expresiones. Si el trabajo de campo antropológico tiene por *leitmotiv* esta diferenciación, en la entrevista la dificultad se duplica porque se supone que el investigador debe preguntar; pero sabemos que al hacerlo utiliza y expresa categorías propias de su marco interpretativo; la dinámica de la conversación demanda respuestas y definiciones tan inmediatas que no tiene tiempo para visualizar su reflexividad y ejercer su relativización. Sin embargo, es en medio de las exigencias que impone la interacción y el intercambio donde surgen las posibilidades de nuevos nexos y la manifestación de la diversidad entre ambas perspectivas.

Este proceso no evita avances y retrocesos, turbulencias y “calma chicha”. Al rechazar el empirismo, algunos investigadores sugieren que es la teoría la que pauta, punto por punto, cada paso y cada avance y que, gracias a ella, es posible encarar ese proceso de diferenciación y de conocimiento. Si bien esto es cierto en términos generales, en última instancia, cuando el investigador va al encuentro de un informante concreto y entabla una conversación difícilmente pueda hacer uso, ante cada verbalización, de las herramientas teóricas que, tiempo después, serán la base de su interpretación. En realidad, la teoría está, pero no es lo único que estructura el intercambio: intervienen también las intuiciones, los afectos, los hábitos de pensamiento del sentido común. Y aunque alguien crea que todas las reflexiones y actos del investigador dan cuenta de un solo y coherente sustrato teórico, lo cual nos parece un poco exagerado, a la hora de hacer

frente al “ping pong” de la entrevista. aquel sustrato no se hace consciente, al menos de modo permanente, ante cada pregunta y cada verbalización. Existe, pues, más razón entonces para que la categorización sea diferida. En rigor, este criterio expresa el carácter provisorio de todas las herramientas cognitivas del investigador. Pero como sólo es posible conocer a partir de esta provisoriedad, es conveniente que el investigador registre sus puntos de vista, sus impresiones y explicita sus supuestos, aun cuando todavía no pueda dar cuenta total de sus implicancias.

El camino de diferenciación y reconocimiento mutuo consiste en acceder a las formas de categorización propias y del informante con respecto a la situación de encuentro, a los temas planteados, a las verbalizaciones, a las personas presentes, a otros actores sociales, a actitudes y a gestos y al ámbito de la entrevista. Quizá convenga que durante el trabajo de campo y, más tarde, en el registro, el investigador se pregunte:

- ¿Por qué pregunto esto?
- ¿Qué supongo que me va a contestar?
- ¿Por qué he detectado a este informante?
- ¿Por qué me responde?
- ¿A quién le está respondiendo, en verdad, mi informante?
- ¿Dónde estoy con mi informante? ¿Por qué? ¿Qué significado puede tener el lugar para él?³

Los temas sobre los cuales el investigador pretende obtener información, a través de un cuestionario, surgen de su objeto de conocimiento. Estos temas, presentados ya en un nivel como para ser respondidos desde el sentido común por los informantes, expresan supuestos teóricos. Sin embargo, las conexiones explicativas del investigador no agotan la singularidad del nivel concreto. de manera que es necesario establecer las mediaciones por las cuales el problema teórico se manifiesta en el nivel de los sujetos: en qué esferas de la vida social, con qué códigos y a través de qué categorías y conexiones explicativas. El cuestionario, la encuesta y el censo limitan estas aperturas si no relativizan la expresión empírica de los temas elegidos, la terminología empleada, y si no flexibilizan la conexión y el orden entre preguntas –esto es, si el encuestador no está dispuesto a permitir que el informante introduzca sus temas, sus conexiones–sus términos significativos–. El investigador va al campo para reconocer universos de significación diferentes del propio. En el nivel de las entrevistas dirigidas y no dirigidas este proceso demanda la flexibilidad

propia de las técnicas antropológicas de trabajo de campo.

En la entrevista antropológica esta flexibilidad se manifiesta en el diseño de una serie de estrategias para descubrir las preguntas (que es lo mismo que decir descubrir el sentido de las respuestas), el rastreo de diversas situaciones contextuales (en virtud de lo cual las respuestas adquieren sentido) y la búsqueda progresiva de marcos de referencia, temas y relaciones del informante que deriven en la construcción de la perspectiva del actor.

³ Véase en Guber (1990) una lectura sociolingüística de una entrevista, examinando estos puntos.

11. La entrevista antropológica: Preguntas para abrir los sentidos

Comenzamos el capítulo anterior analizando los supuestos subyacentes en un cuestionario; dijimos también que, aunque se tratara de preguntas abiertas, la encuesta dejaba traslucir las prioridades temáticas y los términos relevantes de quien la había diseñado. Sin embargo, ésta no es la única forma de emplear cuestionarios o entrevistas estructuradas: en efecto, éstos pueden suceder a un relevamiento abierto de los modos en que se expresan las problemáticas del investigador y los términos que trasuntan sentidos propios del mundo social de los informantes. Esto no significa adoptar un enfoque ateorico, sino evitar caer en el teoricismo estéril y en ciertas modalidades del sociocentrismo. Para internarnos en las posibilidades de la entrevista antropológica, hemos distinguido dos instancias la dinámica general de la investigación, en la que la entrevista se va reformulando conforme a los objetivos parciales de cada etapa y- la dinámica particular de cada encuentro, en la que la entrevista tiene sus momentos ascendentes y descendentes, donde se expresan, primero, las vicisitudes propias del trabajo de campo y, segundo, las características personales de los sujetos implicados.

1. Dinámica general: la entrevista en la investigación

Por dinámica general entendemos el proceso gradual por el cual el investigador va incorporando información en sucesivas etapas de su trabajo de campo. Dentro de este proceso pueden identificarse dos grandes momentos, uno de apertura y otro de focalización y profundización.

Descubrir las preguntas: primera apertura

En el trabajo de campo antropológico la entrevista se desarrolla como pane indisociable del conjunto de actividades que tienen lugar en la observación participante. Una entrevista puede consistir en un saludo de paso, con una breve indicación acerca de algo que acaba de suceder, en un encuentro informal para tomar mate y hablar “de bueyes perdidos”, o en un encuentro concertado para conversar sobre tal o cual tema. No hay un orden preestablecido dentro de estas modalidades. Al comenzar el trabajo de campo, las dos primeras suelen ser más frecuentes si el contacto con los informantes se opera en el campo mismo, especialmente durante la coresidencia. La entrevista formal puede ser adecuada si se ha contactado a un informante a través de un tercero, explicándole que quisiéramos

conversar con él sobre algún tema en particular. Si efectivamente no es requisito inexcusable el aislamiento del informante ni el suministro del cuestionario en forma y secuencia idénticas de uno a otro respondente, y si además se pretende reconocer al informante en su propio contexto, entonces no habría razón para desechar ninguna de estas tres variantes de entrevista (por más que la concepción clásica sólo incluya la tercera).

En la primera etapa del trabajo de campo, la entrevista antropológica sirve para descubrir las preguntas, esto es, para construir los marcos de referencia de los actores a partir de la verbalización asociada libremente. Desde estos marcos se extraerán, en un momento y tras una categorización diferida, las preguntas y temas significativos para la focalización y profundización. Esto quiere decir que si el investigador necesita partir de una temática determinada (controlada categorialmente), quizá convenga tomarla como provisoria abriéndola progresivamente a otros temas de interés propuestos por el informante. Cuando, a pesar de haber temas predeterminados en la conversación de campo, aparecen otras cuestiones introducidas por el informante, el investigador evitará interpretarlas como efusiones, desvíos y, sobre todo, pérdidas de tiempo. Si bien las inquietudes y preocupaciones del informante, sean o no circunstanciales, pueden llegar al investigador como deseos de apartarse del tema central (y aunque esto puede efectivamente ser así), es más probable que el investigador no alcance a comprender qué significa esa supuesta digresión: como extranjero que es desconoce qué le está comunicando el informante; en vez de un desvío bien puede estar asistiendo a la expresión del mismo problema que le interesa indagar pero en otros términos, los del actor.

En una oportunidad, Roberto, un estudiante de antropología, ensayó esta propuesta intentando llevarla hasta sus últimas consecuencias. No muy convencido del planteo y sin esperar demasiados resultados, entrevistó a una vecina de unos departamentos cercanos al barrio de La Boca. Le interesaba tratar con ella los prejuicios contra algunos residentes sobre los cuales pende una negativa imagen por ser uruguayos, habitar en conventillos, ser “negros” e inmigrantes provincianos, además de las consabidas inmundicias. En la primera entrevista se comenzó tratando temas aparentemente irrelevantes: la actividad laboral, la familia y el barrio, hasta que la entrevistada pasó a referirse a su práctica de aerobismo por las calles de la Boca; Roberto, sin demasiadas expectativas, le preguntó por dónde solía correr y ella le fue detallando sus circuitos habituales; en ese circuito dejó fuera un área bien definida que es, precisamente, la zona más pobre y con mayor concentración de conventillos. Roberto, que estaba sumergido en una atención flotante y sin libreta de notas ni grabador, le preguntó: “¿Y por esta y esta calle no corrés?”. “Nooo!!!”, le respondió ella, “si ahí están los negros”..., etc., etc., etc. Una vía indirecta,

supuestamente no pertinente, había dado exactamente con el tema que preocupaba al entrevistador, ni más ni menos que a partir de una práctica deportiva. Esto no sucedió por casualidad sino gracias a la atención flotante del entrevistador. En las entrevistas siguientes probó aplicar técnicas más directivas. Tanto cuando empleó un cuestionario como cuando agregó el grabador, se encontró con una entrevistada (la misma persona) rígidamente desprejuiciada, amante del género humano. incluso de los “hermanos pobres” de La Boca; se presentaba como poco menos que una abanderada de la igualdad y los humildes. Después de esa experiencia, quedó claro que la vía de acceso y la presentación del entrevistador podían ser definitorias para alcanzar ciertos contenidos, tal como eran vividos en la cotidianidad y no para “exposición”. La no directividad de Roberto lo ayudó a reconocer el lugar del prejuicio y otras categorizaciones negativas en el curso de la vida diaria y concreta de la informante, no en un nivel abstracto de premisas morales generales. Roberto llegó a visualizar cómo se especificaba el prejuicio contra determinados sectores sociales en un actor concreto: residente de clase media en un barrio colindante con un área popular.

El arte de no ir al grano

En esta primera etapa del trabajo de campo, se trata de comenzar a efectivizar el proceso de especificación a que nos referimos en la construcción del objeto de conocimiento. Esta especificación no consiste tanto en encontrar respuestas inmediatas a preguntas derivadas de la teoría sino, fundamentalmente, en descubrir los modos de organización sociocultural por los que se experimentan y conciben cuestiones vinculadas, más o menos directamente, a su centro de interés.

La existencia de los llamados “prejuicios” es aceptada y conocida por distintos sectores de la sociedad. Cuando encaramos el estudio sobre prejuicios contra residentes de villas miseria vimos que este concepto integraba diferentes cuerpos teóricos para los cuales el prejuicio puede aparecer como: desviación de ciertas personalidades, expresión ideológica que trasunta patrones hegemónicos reproductores de la división en clases; tipificación necesaria a la construcción social de la realidad, entre otros.

Para iniciar nuestras entrevistas a informantes no residentes en villas miseria, ideamos una guía de preguntas que nos permitiera acceder a la concepción de agentes oficiales -asistentes sociales, planificadores urbanos, concejales, maestros, médicos de hospital y centros periféricos de salud-, vecinos de barrios colindantes. políticos y personal eclesiástico, acerca de ese sector sociorresidencial y sus actuales condiciones de vida. La guía general -acompañada por una guía específica concerniente al campo de

actividad de cada ocupación- era un punteo que reproducía algunos temas del cuestionario expuesto en el capítulo anterior y agregaba otros. Para confeccionar estas guías, nos basamos en cierto conocimiento previo del lugar y de las expresiones en el lenguaje corriente de quienes serían entrevistados. A diferencia del cuestionario, la guía era una serie de puntos, de los cuales podría tratarse uno, varios o todos, en *uno* o más encuentros. en cualquier orden y bajo cualquier asociación además de. obviamente, incluir temas no previstos. Los temas de la guía giraban en torno a los ítems reseñados al agrupar las preguntas del cuestionario. a saber: conceptualización de la villa miseria. conceptualización de su población, diferenciación de la población de villas s- otros sectores sociales: visualización de la cuestión villera como ‘problema’, identificación de sus causas y soluciones. y conceptualización del -prejuicio- y la “discriminación”. En la guía específica para educadores. médicos, políticos, etc., se atendería a estos temas aplicados a cada campo concreto -sanitario. religioso. político, etc.-.

Al comenzar la entrevista, preferimos dar una serie de rodeos para que las categorías de “villero”, “silla miseria”, “discriminación”, “prejuicio”, entre otras, surgieran de los entrevistados y no de las preguntas que se les formulaba. El “problema villero” debía ser introducido por ellos. La entrevista se iniciaba con esta pregunta: “¿Y?... ¿cómo anda el barrio?” (o el servicio o el partido político o el Partido -municipal- o la escuela. etc.), a lo cual algunos me respondían con generalidades, pero otros se orientaban a “los problemas”. A los profesionales y agentes del Estado les preguntaba: ¿Cuáles son los mayores problemas que hay en el Partido?” y “¿Dónde, en qué zonas hay más problemas?” (sabiendo que la villa está acotada e identificada geográficamente), a lo cual contestaban casi invariablemente “Y, los chorritos de la villa” o “El hambre de las villas” o “Las villas”.

Algunos me decían: “Las drogas, la miseria, el hambre”, entonces yo preguntaba: “¿Por qué pasa esto?”, a lo que sucedía una explicación acerca de las causas por las que algunos indolentes residían entre cuatro chapas de cartón en un terreno inundable: “No se preocupan por salir”, etc. Yo trataba de ofrecer varias alternativas para que la categoría “villero” tuviera cabida y se asociara con algunas dimensiones que yo podía esperar -por haberlas escuchado previamente- pero que se irían resignificando. Algunas de estas categorías fueron: problema, delincuencia, hambre, miseria, villa. Esta es una de las diferencias capitales con respecto a otros recursos técnicos, por los cuales el investigador inicia sus preguntas introduciendo el tema y las categorías, corriendo el riesgo de cerrar la emergencia de nuevos sentidos. Por ejemplo, si hubiera preguntado, como en el cuestionario: “¿Hay prejuicio contra los villeros?” o “¿Cómo son los villeros?”, habría incurrido en dos predefiniciones de sentido, extrapolándolas al marco del

entrevistado. El primer problema estaba, como vimos, en que la categoría “villero” no es equiparable a “residente de una villa”: por consiguiente, en la formulación de la pregunta se estaba prefigurando la respuesta.

El segundo problema residía en el término “prejuicio”. Como veremos en el ejemplo trabajado en el esquema para la construcción del objeto (cf. capítulo 14, punto 1), una cosa es el “prejuicio” como categoría teórica del investigador, otra la categoría del sentido común. según la cual “prejuicios” tienen los demás, uno tiene juicios. Los prejuicios están formulados previamente y sin suficiente conocimiento: es lógico suponer que nadie va a hacer y a defender una afirmación si la caracteriza como de escaso fundamento. Preguntar si “hay prejuicios contra los silleros”. sin embargo. podía dar apuntes pistas par: relevar cómo conceptualiza el informante la disposición general hacia estos pobladores. excluyéndose a sí mismo de dicha disposición. La confusión entre términos teóricos y empíricos es frecuente en las ciencias sociales y surge de la similitud terminológica del lenguaje académico y el uso corriente (por ejemplo, lo político, la cultura, la sociedad. asumir, somatizar, inconsciente, discriminación, trabajo marginal, entre otros). No es necesario que el informante admita que tiene prejuicios para que el investigador. va tranquilo, afirme que sus informantes efectivamente los tienen y sustentan. En nuestra investigación no intercalamos jamás ese término. salvo cuando era introducido por el informante. Sin embargo, y aunque no lo llamáramos así. no cabía la menor duda de que los informantes abrigan un consolidado estereotipo de “sillero” que les permitía explicar los hechos más diversos s- de signos más opuestos. Nuestra conclusión era. pues. independiente de que los informantes reconocieran sus prejuicios; como se ha dicho. no se trata de demandar a los legos que se comporten como “sociólogos sin título” (Bourdieu. Passeron y Chamboderon, 1975). Los contenidos de las entrevistas no resuelven el análisis teórico ni sustituyen las conclusiones de la investigación, conclusiones que resultan de una constante retroalimentación entre análisis teórico y análisis empírico. Volviendo a la construcción del objeto, no fuimos al campo a preguntarles a los informantes si tenían o no prejuicios, sino que abrimos el canal para que expresaran sus concepciones; nosotros procedimos a analizar los datos- y fuimos quienes decidimos, según ciertas definiciones, si se trataba o no de prejuicios. Fuimos al campo para visualizar cómo se especificaban los prejuicios y prácticas discriminatorias en determinados actores sociales. Este punto es central para evitar la extrapolación del plano teórico al plano empírico en las preguntas de campo. El caso de aquel investigador que una vez preguntó a sus informantes: “¿Cuál es la estructura de parentesco de acá?” es más frecuente de lo que parece.

Preguntas autorrespondidas

(o el paradigma de “yo la compro, yo la vendo)

Más allá de la relación necesaria entre preguntas y respuestas que analizamos en el capítulo anterior, hay ciertas preguntas que. aun cuando parecen abiertas, llevan implícita su respuesta: esta prefiguración puede obedecer a varias razones:

- El contexto de la entrevista: en el marco institucional es bastante improbable que, al menos en un primer encuentro, los pacientes de un servicio de salud, por ejemplo, se explayen acerca de las desventajas de la atención médica. Algo similar puede ocurrir con terceros, con testigos presenciales de la entrevista, comprometidos en la respuesta que solicita el investigador (aun sin saberlo). Por ejemplo, en presencia de otros puesteros de un mercado, el investigador interroga sobre el tipo de relación que el informante mantiene con los demás dueños de puestos, o bien si allí hay facciones. La respuesta puede ser “Tengo una relación buena”, lo cual no agrega demasiado al conocimiento del investigador (qué es una “buena relación”?). o “Acá somos todos una gran familia”, lo cual puede estar ocultando agudos conflictos entre facciones o miembros que no se pondrán a la luz ni en una primera entrevista ni delante de testigos con quienes, quizá, hala problemas.
- La carga ética y moral de los términos de la pregunta: por ejemplo, “¿Usted tiene prejuicios?” requiere una respuesta inmediata y negativa, más allá de que el respondente efectivamente los tenga.
- El sentido social negativo a que conducen las respuestas: como ejemplificábamos en el capítulo 5. un censista difícilmente acceda a conocer la verdadera ocupación de un ladrón, una prostituta o un levantador de quiniela ilegal.
- La asignación de roles al investigador y la experiencia con este tipo de entrevista, es decir, la competencia metacomunicativa según Charles Briggs: como cuando a sectores de bajos ingresos se les pregunta por sus condiciones de vida, cuías carencias seguramente son exageradas a la hora de justificar la necesidad de provisión oficial de ciertos bienes como alimentos, muebles, vestimenta, etc.
- El peso valorativo implícito en la pregunta cuando el investigador da al informante escaso margen para disentir, si es que, por ejemplo, el investigador aparece demasiado convencido de lo que afirma en la pregunta; por ejemplo, preguntar a un residente de conventillo “¿Y usted por qué vive acá? ¿No encontró nada mejor?”.

Después de este breve repaso de algunos modelos de preguntas cargadas,

convendría detenernos en las vías para concretar. ahora sí, el cometido de la primera etapa del trabajo de campo: la apertura.

Preguntas para descubrir preguntas

El descubrimiento de las preguntas significativas según el universo cultural de los informantes es, va, una parte de la investigación y puede hacerse a través de diversos procedimientos: escuchar diálogos entre los mismos pobladores, intentando comprender de qué hablan y- a qué pregunta implícita están respondiendo: solicitarle a alguien que formule una pregunta interesante acerca de tal o cual temática (por ejemplo, cómo formularía una pregunta sobre la vida en el barrio). o bien, determinar cuál sería una pregunta posible para cierta respuesta (qué pregunta se aplicaría a una respuesta que dijera: "Acá el barrio es muy tranquilo, somos una gran familia") (Spradley, 1979: 84).

Sin embargo, estos procedimientos presentan algunos inconvenientes, pues los informantes quizá no comprendan aún qué se propone el investigador y respondan con lo que suponen que desea oír. Spradley recomienda, entonces, usar preguntas descriptivas por las que se solicita al informante que hable de cierto tema, cuestión, ámbito, pasaje de su vida, experiencia, conflicto, etc. "¿Puede usted contarme cómo es el barrio?" "¿Puede contarme sus primeros años en el barrio?" Estas preguntas sirven para ir construyendo contextos discursivos (*settings*) o, según lo habíamos llamado más arriba, marcos interpretativos de referencia en términos del informante; a partir de estos marcos, el investigador podrá avanzar hacia la formulación de preguntas culturalmente relevantes y, al mismo tiempo, lo familiarizarán con modos de pensar y asociar términos y frases referidos a hechos, a nociones y a valoraciones. Por eso es clave que, en esta primera etapa, el investigador aliente al informante a extender sus respuestas, a ser más profuso en sus descripciones, explicitando incluso aquello que considere trivial o secundario; para el investigador nada -al menos, nada a priori- lo es.

Esto puede lograrse por dos vías: 1) introduciendo la menor cantidad posible de interrupciones y dejando que fluya el discurso del informante por la libre asociación, y 2) abriendo el discurso a través de distintos tipos de preguntas abiertas.

1. El silencio es diferente del mutismo. Estar en silencio puede significar dar vía libre para que el informante se exprese; en cambio, el mutismo en la situación de entrevista antropológica puede generar más bien ansiedad, malestar y hasta la finalización del encuentro y de la relación. El mutismo es un silencio forzado: el silencio calmo, propio del interés de quien

escucha a otro. autoriza algunas intervenciones y corrige la imagen de ser prescindente. que denota una actitud evaluativa. distante o apática. Si las interrupciones son. de algún modo. necesarias y a veces obligatorias para hacer fluido el encuentro, parece aconsejable que sean lo más controladas posible. preguntándose el investigador qué pretende con ellas y cuáles podrían ser sus derivaciones. Esto siempre se subordina a la dinámica de la entrevista y a la personalidad de las partes. pudiendo adoptar un carácter ágil o convertirse en un intento forzado para extraer. al menos. unos cuantos monosílabos.

A lo largo de una entrevista, el investigador puede adoptar diversas tácticas o comportamientos para promover la locuacidad del informante, con variables grados de directividad. Dohrenwend y Richardson distinguen grados de "restricción- (*restrictiveness*) o directividad sobre las respuestas (Whyte, 1982: 112):

- un simple movimiento con la cabeza. asintiendo, negando o expresando interés y aprobación ("Y así, el barrio se puso tranquilo", explica el informante. "Ahá" o "Mire usted", responde el investigador);
- repetir los últimos términos con que se ha expresado el informante ("¿Así que se puso tranquilo?");
- emplear estas últimas frases para construir una pregunta en los mismos términos ("¿Y por qué se volvió tranquilo?", o "¿Cuándo se puso tranquilo?", o "¿Quiénes ayudaron a que se pusiera tranquilo?");
- formular una pregunta en términos del investigador sobre los últimos enunciados del informante ("Y ahora que está tranquilo, ¿cuál es la diferencia en el barrio, comparando con otros tiempos?");
- sobre la base de alguna idea expresada por el informante en su exposición, pedir su ampliación ("Usted me decía que antes la gente era más pacífica, ¿por qué? ¿Qué solía hacer? ¿Qué cosas pasaban entonces para que la gente fuera así?");
- introducir un nuevo tema de conversación.

Conviene que las interrupciones del investigador en el discurso del informante sean cuidadas y, dentro de lo posible, no accidentales para evitar los efectos involuntarios de la directividad e interrumpir la libre asociación de ideas (Kemp y Ellen, 1984). Pero también es necesario intercalar preguntas aclaratorias o de "respiro" en el curso de la entrevista: de lo contrario se corre el riesgo, por una parte, de no saber va quién es quién en el relato, ni entender qué pasó, o por otra parte. puede suceder que el informante se moleste o se agote al sentirse unilateral y ostensiblemente interrogado.

2. Las preguntas de apertura del discurso del informante son de varios tipos. Spradley (1979: 86) distingue las preguntas *grandtour*, que interrogan acerca de grandes ámbitos, situaciones, periodos (“¿Puede usted contarme cómo es el barrio?; ¿el hospital?; ¿el Ministerio?”, etc.). Se identifican, aquí, cuatro subtipos de preguntas *grandtour*:

- las típicas, que interrogan acerca de lo frecuente, lo recurrente, lo típico (“¿Cómo se vive en este barrio?”; “¿Cómo es la escuela?”; “¿Cómo se trata a la gente de las villas?”);
- las específicas, referidas al día más reciente del informante o a un sitio más conocido por él, etc. (“¿Cómo fue la semana pasada en el barrio?”; “¿Qué hiciste hoy en la escuela?”; “¿Cómo fue la última vez que tuviste problemas por ser de la villa?”); las guiadas, que se efectúan simultáneamente a una visita por el lugar, cuando el informante añade explicaciones conforme avanza la visita. Cantilo, un vecino de Villa Tenderos, me iba mostrando el camino que solía hacer a pie hasta el Mercado de Abasto. me hablaba de la gente que saludaba y, cuando llegarnos, me acompañó por el interior, contándome qué hacía mientras hurgaba en los tachos de basura: mandaba a la hija menor a “manguear” a los puesteros y negociaba con otros la descarga de algunos camiones para el día siguiente; de este modo, tuve una idea aproximada del contexto de dónde Cantilo extraía parte de su alimentación. conformaba ciertas redes sociales y de reciprocidad. En una recorrida por los pasillos de la villa, Mateo, presidente de la sociedad de fomento, me iba señalando las mejoras urbanísticas logradas en distintos periodos de gestión vecinal y oficial, comentaba qué se había conseguido y de qué organismos, dónde vivía tal y cual, mostraba escenarios de habituales enfrentamientos y acontecimientos casi legendarios;
- las relacionadas con una tarea o propósito, que son paralelas a la realización de alguna actividad. Por ejemplo, cuando el informante hace un gráfico o diseña un mapa del sitio de interés. Mientras don Ernesto levantaba el frente de su casa, que con el tiempo se había ido inclinando sobre el pasillo, me explicaba las bondades de distintos materiales y los conflictos que había suscitado el estado actual de su frente, complicado por los cables de la luz y las antenas de televisión de los vecinos. Tanto se entusiasmó en su relato que empezó a mostrarme, en un papel, cómo debía armarse una buena estructura del rancho para que “estas cosas no pasen”.

Las preguntas *mini-tour* son semejantes a las *grand-tour*, pero se refieren a unidades más pequeñas de tiempo, espacio y experiencia. Por ejemplo, indagar sobre un servicio hospitalario, un nivel o grado escolar, el área de un barrio (la vía, la avenida, la calle tal o cual), el último año de trabajo o la

última huelga, etc. Las preguntas *minitour* reproducen, en menor escala, los subtipos de las *grand-tour* (típicas, específicas, guiadas, relativas a una tarea). Tanto en uno como en otro grupo de preguntas pueden intercalarse otras de ejemplificación, en las que se solicita al informante que dé cuenta de un caso concreto vivido o atestiguado por él que considere pertinente al punto que se está desarrollando. Me decía Silvita que “acá el problema es que al villero lo tratan como a basura”. Entonces le pregunté: “¿Por qué? ¿A vos o a alguien que vos conozcas le pasó algo alguna vez?” “¡Puff! ¡Claro!!! Sin ir más lejos yo, el otro día, venía en el colectivo y me bajé, y unos pibes dicen bien fuerte, para que se escuche, ¿no?, dicen: ‘lástima que sea villera’. Yo no sabía dónde meterme”.

Toda pregunta puede plantearse en términos sociales (“¿Qué hace la gente en la Cuaresma?”; “¿De qué trabaja la gente de este barrio?”) o personales (“¿Qué hace usted en la Cuaresma?” “¿De qué trabaja usted?” o “¿En qué trabajan en su familia?”).

A lo largo de la descripción, el informante suministra información acerca de quiénes están allí, cuántos son, qué ocurre, cuáles son las actividades preponderantes, qué situaciones son frecuentes, cuánto tiempo están o han estado viviendo/residiendo/trabajando allí: cómo es el lugar, su extensión, los bienes materiales en su interior, sus subdivisiones. A cada frase podría seguir, seguramente, alguna pregunta acerca de qué, cómo, quién, dónde, cuándo, por qué y para qué (Spradley, 1979; Agar, 1980). Refiriéndose, un poco ofuscada, a la población vecina, una señora de aproximadamente cincuenta años de edad y veinte de residir en el lugar, me decía: “Acá hay que hacer como hicieron en Retiro, o como hicieron la semana pasada en Berazategui, en Quilmes, que fueron con las topadoras; la gente no se quería ir, pero igual les tiraron la casa abajo, porque después dicen ‘pobre gente’, ¡má qué pobre gente! Hay que ver lo que hacen. Para mí debieran echarlos a todos, sacarlos para que dejen de criar zánganos todo el día”.

Se puede, entre otras, formular las siguientes preguntas:

- ¿Qué es lo que hace esa gente?
- ¿Cuándo fue que hicieron eso en Retiro?
- ¿Quién los sacó?-
- ¿Cómo los sacó?
- ¿Qué hizo la gente?
- ¿Por qué los sacaron?
- ¿Adónde fue la gente?

En el curso de la conversación, el investigador puede recurrir a interrogantes estratégicamente directivos. Las preguntas anzuelo (*bait*, según Agar, 1980: 93) suelen dar pie al pronunciamiento del informante.

Por ejemplo, en una entrevista sobre erradicación de villas: “Me comentaron que iban a mudar la villa...”. Las preguntas de abogado del diablo (sugeridas por Schatzman y Strauss, 1-073) son aquellas en las cuales el investigador ayuda a la locuacidad del informante, suministrando un punto de vista premeditadamente erróneo o contrario, para que el informante haga las correcciones y precisiones que considere pertinentes. Volviendo al testimonio de la vecina citado más arriba, el investigador podría haber replicado: “Pero ¿cómo los van a echar: Si no tienen adónde ir”.

Las preguntas hipotéticas son aquellas en las que se trata de ubicar al informante frente a un interlocutor o situación imaginarios. Por ejemplo, “¿Cómo se imagina que será la vida en departamentos?”. Este tipo de pregunta es adecuado para introducir variantes a la situación de entrevistas que circunscriben necesariamente lo que el informante verbaliza a lo pautado por su entrevistador (Spradley, 1979): la presentación de situaciones hipotéticas puede permitir imaginar otras respuestas y puntos de enunciación que atañen a la valoración de la situación real (¿cómo debería ser una institución de investigación?, ¿un profesor?, ¿una esposa, ¿un trabajador?). En una investigación sobre servicio hospitalario, A. Domínguez Mon preguntaba:

- ¿Está conforme con el servicio?
- Sí es excelente, muy bueno...
- Supongamos que usted pudiera cambiar algunas cosas que no le gustan del servicio, ¿cómo piensa que debería ser la forma de atención?
- Y... no esperar tanto ...estoy desde las 7 y son las 11. Perdí el día de trabajo... Pero me las aguanto porque sé que acá me curan y ya está.

Si la investigadora se hubiera limitado a la primera respuesta, habría obtenido una información parcial y superficial acerca de la imagen del informante sobre el servicio.

En síntesis, durante la primera etapa, el investigador se propone armar un marco de términos y referencias significativo para encarar sus futuras entrevistas; aprende a distinguir lo relevante de lo secundario, lo que pertenece al informante de cuanto proviene de sus inferencias y preconceptos; contribuye, así, a modificar y relativizar su propia perspectiva sobre el universo cultural de los entrevistados. Por eso, volviendo a las características de la entrevista antropológica, el control sobre lo que dice y hace el informante se modifica al acceder a información significativa que hasta entonces quizás se habría considerado irrelevante. Como señala Agar (1980: 90), en la entrevista etnográfica todo es negociable. Los informantes reformulan, niegan o aceptan -aun

implícitamente- los términos y el orden de las preguntas y los temas, sus supuestos y las jerarquizaciones conceptuales y explicativas del investigador. Y aunque la próxima etapa siga básicamente los mismos criterios, en los momentos iniciales, la entrevista antropológica es sumamente adecuada para abrir la mirada y los sentidos del entrevistador y profundizar el proceso de diferenciación entre lo que procede del informante y lo que procede de las inferencias del investigador. Ambas - abrir y profundizar- son tareas, más que paralelas, estrictamente complementarias en la medida en que permiten vislumbrar a otro a través del reconocimiento de sí mismo. La reflexividad tiene lugar también en la entrevista antropológica como un recorrido especular de conocimiento y, autoconocimiento.

Focalizar profundizar: segunda apertura

La obtención de un material “denso” (como sugiere Geertz, 1973), profuso en descripciones, valoraciones, reseñas y explicaciones nativas, corre a la par de su análisis en campo. Pero este análisis puede tener lugar, además, como una etapa determinada entre dos fases de campo o cuando se considera que el campo ha sido concluido. Tanto durante como después de la estancia en terreno surgen temas, categorías y principios recurrentes, configurando un marco interpretativo del actor. Este proceso es parte de la especificación del objeto de conocimiento, desde un plano teórico a otro de existencia concreta. Si en la primera etapa se trata de abrir la mirada, en la etapa siguiente se intenta seguir abriéndola pero con determinada dirección, mayor circunscripción y habiendo operado una selección de los sitios, términos y situaciones privilegiadas por los que se expresa dicha especificación. En esta segunda etapa, el investigador puede dedicarse a ampliar, profundizar y sistematizar el material obtenido, estableciendo los alcances de las categorías significativas identificadas en la primera etapa. Para ello se vale de nuevas formas de entrevista que le permitan descubrir las dimensiones de una categoría o noción.

En las investigaciones en sociedades “exóticas”, el descubrimiento o la identificación de categorías es quizá más sencillo que en la propia sociedad del investigador, porque los términos le resultan poco familiares y es más sensible a sus manifestaciones. Pero en el medio habitual, estos conceptos se ocultan en expresiones que el investigador cree conocer, porque las utiliza o las ha escuchado reiteradamente, aunque en realidad las desconozca en su significación. En nuestra investigación, eso sucedió con la categorización de “cillero” como inmoral y no como “residente de una villa”, de “caminar” como sinónimo de realizar un arduo trabajo político o vecinal: de “los sillones” *versus* “el barro”, contraponiendo el bienestar de

los políticos en las oficinas y en el medio habitual de los ricos, al trabajo barrial con los pobres. En su investigación sobre identidad homosexual masculina. Victoria Barreda encontró que la categoría de autoadscripción que emplean los homosexuales es “gay”; “homosexual” connota cierta categoría degradante, aplicada generalmente desde fuera del grupo. Ahora bien, el investigador no repara en todas sino en algunas categorías, que son aquellas que juzga pertinentes para su objeto de conocimiento y que son empleadas por los informantes para dar sentido a su mundo social. En nuestro caso y en el de Barreda, el tema a investigar giraba en torno a “identidad villera” e “identidad homosexual masculina”, respectivamente. En ambas investigaciones eran relevantes las formas de denominación y autodesignación.

Para explorar el sentido de un número restringido de conceptos o categorías, quizá sea conveniente reformular la perspectiva de la interrogación. Pensemos en un término cualquiera. ¿Cómo descubrir sus alcances y posibilidades? ¿Cómo visualizar su relación con otras categorías sociales? Una vez individualizado, el investigador suele caer en la tentación de preguntarle al informante su definición. Esto es lo que me pasó cuando entrevistaba a una funcionaria política e indagaba acerca de los residentes en la villa; me comentaba entonces que lo más evidente de estos sectores era su promiscuidad. Pregunté: “¿Qué es ‘promiscuidad’ para usted?”. La entrevistada, bastante sorprendida, me respondió: “¿Cómo ‘qué es promiscuidad’? ¿Que andan en la promiscuidad, que son, así, promiscuos!”. Yo no veía cómo salir del atolladero para ampliar el sentido del término en relación, concretamente, con los “villeros”. El inconveniente de mi abordaje fue múltiple; en primer lugar, al preguntar por la definición, la informante pudo suponer que no había sido clara, con el término o que se había expresado mal; incluso podía entender que no había adoptado una actitud “suficientemente académica” y que estuviera a la altura del entrevistador; o bien, como en este caso, que la entrevistadora era una mezcla de ingenua e imbécil, ya que éstas son cosas “de sentido común”. Pero el agregado “para usted puso el acento en una relativización que el sentido común no admite. El pensamiento corriente no es crítico sino práctico y se presenta como inmediato, adherido a lo real. Por lo tanto, preguntar qué es promiscuidad “para usted” es introducir una relativización no pertinente, salvo que se quiera comunicar al informante algo así como: “¿qué peregrina equivocada-falsa-ideológica-vulgar idea tiene usted acerca de la promiscuidad?”. No es extraño que el informante se moleste o se sienta en falta, lo cual en vez de ayudar a ahondar en la explicación, redundará en el intento de autocorrección y/o autodefensa: ninguno de los dos es el propósito de la entrevista. El investigador ganará en acceso si opta por indagar no la definición, sino el uso de la categoría (la definición quizá

deba construirla por su cuenta). Viendo que si seguía en mis trece sería expulsada raudamente de la entrevista con un “Bueh, tengo muchas cosas que hacer, ¡me va a disculpar!”, le pregunté a la informante: “¿Por qué me dice que los villeros viven en la promiscuidad?” “Y porque los ves”, me respondió más calma. “vas a la casa y los ves”. “¿Y qué ve?” “Y, un hijo se llama López, otro Martínez, otro Pérez. Ahí ves bien clarito la promiscuidad. Todos hijos de distinto padre.” No sólo le pedí a la informante que mencione categorías, sino también que ensaye su aplicación; si yo las hubiera ensayado quizá la informante habría operado las correcciones pertinentes para su correcto empleo.

Para esta etapa, Spradley (1979) sugiere formular preguntas estructurales y contrastivas. Las preguntas estructurales son aquellas que interrogan por otros elementos de la misma o de otras categorías, que puedan a su vez ser englobadas en categorías mayores. Por ejemplo, cuando hube detectado que el “villero” es uno de los posibles habitantes de las villas pregunté: “¿Quiénes otros viven en la villa?”. Me respondieron: “gente rescatable”, “gente decente”, “lúmpenes”, “chorros”, etc. Las preguntas contrastivas son aquellas en las que se intenta establecer la distinción entre categorías. Siguiendo con el último ejemplo, se podía preguntar: “¿Qué diferencia hay entre el villero y la gente rescatable?”. El punto clave, aquí, estriba en que la comparación entre estos términos provenía del empleo categorial de los informantes. De una pregunta contrastiva no sólo se extraen datos acerca de los elementos distinguidos, sino también de su comparatividad, una relación lógica desde la perspectiva del actor (Agar, 1980; Spradley, 1979). Los “no villeros” conciben al villero como lo opuesto a la gente rescatable; en cambio, a ninguno de mis informantes se le ocurrió comparar “villeros” y “paraguayos” (los paraguayos son un tipo de villero y, para ciertos informantes, buena parte de la degeneración moral de estos sectores residenciales procede de la influencia de estos inmigrantes limítrofes).

Las relaciones semánticas entre elementos del discurso apuntan a señalar, en la estructura del léxico y la sintaxis, cómo se articulan distintos conceptos (*different lexically labeled*). Spradley (1979, 1980) identifica como articulaciones la relación de inclusión (“el villero es un tipo de pobre”), de ubicación (“la vía es una parte de la villa”), de causa (“Trini fue a la salita porque no sabía qué tenía la criatura”), de razón (“el ambiente es una razón para irse de la villa”), de localización de la acción (“la vía es un lugar donde hay, mucha joda”), de función (“un pasillo con más de una entrada sirve para que se rajen los chorritos”), de secuencia (“para hacer el pasillo, primero se organizaron, después mangaron a los demás, después fueron a la Municipalidad y después trajeron los materiales, y va se pusieron a laburar”) y de atributos (“acá la villa es jodida, se inunda”).

Una vez identificadas, conviene ensayar el conocimiento y, el uso de

categorías con informantes que no las hayan expresado aún o que lo hayan hecho con otros sentidos. Aquí es donde, probablemente, se encuentre un apoyo en las encuestas y cuestionarios, pues estas técnicas permitirían extender el uso de ciertas categorías a un universo mayor y homogeneizar la información proporcionada de manera heterogénea por los entrevistados. El trabajo con relaciones entre términos y categorías permite detectar y establecer el sentido del uso de conceptos nativos, descubriendo sutiles distinciones que pueden ser indicativas de cuestiones de mayores alcances. Después de la investigación en la cual “villero” aparece como una categoría con irremisible carga negativa para “los de afuera”, y con variable connotación para los mismos residentes (o “los de acá”, empezamos a pensar que si un partido político aspira a convertirse en la “vanguardia” de estos habitantes y los interpela cómo “villeros”, seguramente tendrá menos éxito que si los interpela como “vecinos de Villa Tenderos”, siendo que en ese contexto la categoría “villero” es rechazada por su carga estigmatizadora y vergonzante. Pero para llegar a esta distinción fue necesario advertir claramente que una cosa son las categorías del investigador (o categorías analíticas) y otra las de los informantes (*o folk o nativas o emic*). Es precisamente esta distinción la que no reconocía el cuestionario que analizamos en el capítulo anterior.

Otro sentido de la profundización

Además de la referencia a los sentidos, profundizar puede consistir en avanzar hacia temas que, por considerarse tabú, conflictivos, comprometedores o vergonzantes, no se han tratado en los primeros encuentros o en la primera etapa de entrevistas. Estas facetas, generalmente ocultadas y encubiertas, pueden darse a conocer en el curso de la relación de campo, cuando el informante sabe “algo más” acerca de los propósitos del investigador y, sobre todo, de su conducta en terreno: por ejemplo, no transgredir ciertas reglas éticas, como el secreto de información. Puede confiar siquiera mínimamente en que sus actividades o reflexiones no habrán de trascender y en que la información brindada al investigador no dañará su imagen ni su vínculo con los demás miembros de la unidad social. Para esto resulta imprescindible asegurar la discreción, garantizando de palabra, de hecho que el material obtenido no trascenderá de unos a otros, al menos sin consentimiento previo.

Sin embargo, guardar secretos no es tarea fácil, sobre todo cuando se refieren a hechos conflictivos (enfrentamientos vecinales, entre facciones, etc.) de los cuales hay más de una versión y cuyas instancias son conocidas sólo por algunas personas. En estos casos, el problema es cómo no poner de manifiesto la fuente de información y, al mismo tiempo, contrastar visiones

contendientes. Lo quiera o no, el investigador se transforma en el portador de ambas, y como todo el mundo lo sabe, también en el blanco de reclamos de legitimación para sustentar cada uno su razón. Quizá una forma de evitar suspicacias y de no herir susceptibilidades sea ampliar la problemática, a través de preguntas lo suficientemente generales como para incluir aspectos relativos a las versiones enfrentadas y que, de otro modo, conducirían fácilmente a identificar su fuente (Whyte, 1982:116). Como apuntamos en un capítulo anterior, la intención mía al saltar el cerco fue averiguar algunas cosas acerca de la dinámica de la sociedad vecinal. Pero otro propósito era indagar cómo se operaba y qué significaba el conflicto entre dos familias enfrentadas políticamente pero ligadas por parentesco, vecindad y contigüidad territorial. Mientras conversaba con la nuera de doña Silvia, se me ocurrió preguntarle: “¿Y cómo andás con la familia de tu marido?”, a lo que siguió una serie de palabrotas y quejas en tono iracundo. Para averiguar qué ocurría con el espacio de las viviendas aledañas, problema endémico en éste y otros asentamientos, respondí a su enojo con un comentario genérico: “Qué raro que se lleven mal y sobre todo estando tan cerca, ¿no?... Y como estando así, casi pegados, la gente acá se ayuda...” (pregunta de abogado del diablo, pues la contigüidad vecinal suele visualizarse por los informantes como fuente de conflicto más que de ayuda). A lo que replicó igualmente furiosa: “Bueno, eso es otra cosa, ¿ves? Porque mi suegra quiere ampliar, pero no tiene derecho, porque esto es de todos, no es sólo de ella. Ella dice que tiene todos los papeles, pero ¿qué papeles va a tener si esto es del ferrocarril? Está tan de prestado como nosotros. ¿Entonces?”. Siendo que las diferencias políticas no eran tan pronunciadas, todo hacía suponer que dichas diferencias, si no habían surgido, se habían profundizado por cuestiones de parentesco y por intereses contrapuestos de vecindad.

Los temas tabú no son universales sino específicos de cada sociedad, cada cultura y de cada sector o grupo social. Suelen depender del sistema normativo-valorativo dominante, de las posibilidades de esos grupos de hacer efectivo dicho sistema y de la variabilidad de “ajustes secundarios”, como diría Goffman (1971), a pautas de funcionamiento sociales, institucionales, etc. Por consiguiente, es probable que el investigador descubra en sus primeras indagaciones algunos de estos temas y que reciba de parte de sus informantes ciertos indicios de que no pueden ser tratados (absolutamente, o en ese momento de la relación, o delante de determinadas personas, o en otras circunstancias); estos indicadores son en sí mismos materiales que pueden convertirse en datos a profundizar en una etapa ulterior. Es claro que no existe una conducta lineal con respecto a estas cuestiones. Su manejo es el resultado, más bien, de una constante negociación del investigador, antes que del transcurso temporal.

independiente de los sujetos de la relación. El tiempo y el trabajo de campo mudan, pero son el investigador y los informantes quienes deciden, en Última instancia. si va es hora de abrir algunas “cajas fuertes”. Que el tiempo es condición necesaria pero no suficiente lo demuestra el hecho de que sólo con algunos informantes se pueden tratar ciertas temáticas, mientras que con otros la relación se mantiene en un nivel general hasta decir “adiós”.

En síntesis, en el período de profundización y focalización, los principios de la no directividad siguen vigentes porque la apertura de sentidos no concluye sino con la investigación misma; la búsqueda prosigue reproduciéndose al interior de los nuevos límites fijados tras la primera etapa. Por ejemplo, si hubiéramos llegado a los conceptos de “villero” y de “gente de villa” en una etapa posterior, podría ocurrir que nos propusiéramos indagar su asociación a otras categorías y la aparición de nuevas subcategorías de “villero” y “gente de villa” (algo así como volver a empezar). Sin embargo, también es cierto que puede advertirse una mayor directividad de parte del investigador al intentar homogeneizar la información de su muestra total. Como ya dijimos, en esta segunda etapa se puede recurrir a preguntas estructurales y cuestionarios para cubrir aspectos desigualmente relevados, para contrastar los alcances interpretativos del investigador y verificar si las categorías detectadas por él son pertinentes y significativas para todos. alguno o ninguno de los informantes.

2. Dinámica particular la entrevista en el encuentro

Con la expresión “dinámica particular” nos referimos a la evolución de la relación entre el investigador y el informante, en una unidad de entrevista. La entrevista es un proceso donde se pone en juego una relación social que, como vimos, es concebida de diversas maneras por sus protagonistas. Esta conceptualización incide, sin duda, en los resultados y- términos generales en los que se lleva a cabo el encuentro. La dinámica particular sintetiza las diversas determinaciones y condicionamientos que operan no sólo en situaciones de entrevista. sino genéricamente en las de la interacción social y. como subespecie, en el encuentro entre investigador e informantes. Tantas son sus posibles variantes que sería inconducente tratar de esquematizarlas. -Por qué: Por aquella breve máxima según la cual en la entrevista antropológica todo es negociable. ¿Pero qué es ese todo En la dinámica particular de la entrevista, pueden negociarse el contexto. los temas. los términos de la conversación (unilateral, dialógica, informativa. intimista. etc.), el lugar y la duración.

El contexto de entrevista

En su incidencia directa o indirecta en el desarrollo. la dinámica y los contenidos de la entrevista. el contexto desempeña un papel crucial. ¿Pero qué es el contexto? En las ciencias sociales y- particularmente en el análisis del discurso. el contexto ha suscitado una variada literatura (que en la antropología remite, nuevamente, a Malinowski). Por nuestra parte. usaremos el concepto en relación con las preocupaciones de este libro. A tal fin. distinguimos entre un contexto ampliado y otro restringido.

El contexto ampliado refiere al conjunto de relaciones que engloban tanto al investigador como al informante y que puede ser visto en su dimensión política, económica, cultural, etc. (por ejemplo. investigador e informantes están involucrados en una relación colonial si uno y otro pertenecen a la metrópoli y a la colonia, respectivamente: o en una relación de clase si se encuentran en la misma sociedad pero pertenecen a distintas clases sociales, etc.). Este plano general afecta directamente la relación, incluso a través de acontecimientos más puntuales (por ejemplo. el trabajo de campo durante período electoral, régimen militar, conflictos raciales, Carnaval, aguda crisis, inundaciones. etc.). Cuenta Claudia Girola que un informante de Villa Cildáñez, en Buenos Aires. le explicaba: “Durante el Proceso, cuando venía algún asistente social o alguien a hacernos preguntas para arreglar algo en la villa, seguro que al día siguiente lo barrían. Por eso acá no habla nadie”. El contexto ampliado puede promover tanto la autocensura como la locuacidad de los entrevistados y el tratamiento de ciertos temas “de actualidad”, dando un sentido diferente a cuanto se diga y haga en dicha situación.

El contexto restringido refiere a la situación social del encuentro, esto es, a la articulación concreta entre lugar-personas-actividades-tiempo. Las instancias de este nivel del contexto varían en relación más directa con el desarrollo del trabajo de campo en determinada unidad social. El medio clásico de la entrevista, tal como la suelen aplicar algunos científicos sociales y otros profesionales (como trabajadores sociales, médicos y psicólogos). es el encuentro “uno a uno”, en un sitio apartado, dotado de cierta privacidad, frecuentemente en la oficina del entrevistador. sin interrupciones que puedan provenir del ámbito del entrevistado (por ejemplo. actividades. llamados de vecinos. travesuras de los hilos) y que. en el caso de existir. Do suelen tomarse en cuenta sistemáticamente como información significativa y relevante.

La entrevista antropológica sufre una relocalización del ámbito del investigador al del informante, pues tiene como supuesto que sólo a partir de sus situaciones cotidianas y reales es posible descubrir el sentido de sus prácticas y verbalizaciones. Un término. un discurso o una acción no son lo que son *per se*. sino en relación con la situación en que se enuncian o

aplican y con su contexto discursivo y- material. Como “extranjero”, el investigador no conoce de antemano su articulación significativa con el contexto, ni los matices en los cambios de significación. Los residentes de villas miserias han sido habituados a relacionarse con agentes oficiales en términos represivos o asistencialistas. Acostumbrados a verlos desplazarse por el vecindario y a que se los interroge acerca de sus carencias y necesidades, los residentes suelen concebir al investigador como un agente del Estado y responderle en consecuencia, destacando problemas y dificultades del asentamiento. En ese caso, el investigador puede concluir que todo el mundo social del informante es así de carenciado, deplorable y misérrimo. propendiendo a una imagen sesgada de esa población. En cambio, si interpretara que ese conjunto de respuestas obedece al implícito hábito de un actor al que se le ha venido comunicando: “usted es un carenciado, el Estado ayuda a los carenciados. cuéntenos en qué podemos hacerlo”, entonces el investigador advertiría que accede sólo a las nociones que el informante pone en acto (en forma de respuesta) con referencia a una situación de tales características (en este caso, de asistencia pública). La situación de entrevista es cate-gorizada como entrevista de agente oficial a pobre asistido; el rol de aquél es preguntar y dar, el de éste, pedir y demostrar su carencia. Hay, sin embargo, otros aspectos que el informante no considera pertinentes para esa situación, como exponer sus temores ante el panorama delictivo o destacar aspectos positivos de la villa. Tanto para la decodificación que hace el informante de lo que se le solicita (respuestas) como para la que lleva a cabo el investigador, tener en cuenta la relación entre la interacción y el contexto de encuentro es fundante para la interpretación.

En el análisis del contexto restringido puede ser relevante ser “local o visitante” y que la entrevista se lleve a cabo en un medio familiar al informante o al investigador (oficina, vivienda, etc.). Esta distinción presenta, sin embargo, algunos matices. En el fútbol y otros deportes suele equipararse ser local al mayor conocimiento de la cancha de juego y, por lo tanto, a la mayor comodidad. Pero un informante que se siente controlado por su familia y que recibe al investigador en su casa, ¿es “local” o “visitante”? Un informante que prefiere encontrar al investigador en un bar, como sitio neutro para ambos, ¿es “local o “visitante”? Veamos cómo funciona la distinción en un ejemplo. Sergio Visacovsky debía entrevistar ingresantes a la carrera de Psicología de la Universidad y encontró serias dificultades para realizar el encuentro en los hogares paternos de sus informantes. ¿Por qué?, ¿Por timidez? ¿Sospechas de la familia? ¿Falta de intimidad o privacidad? ¿Vergüenza por algún miembro discapacitado en la familia? ¿Deseos del adolescente de mantener un mundo propio, independiente del control paterno? ¿Desconfianza del investigador?

¿Compromisos políticos que le impedirían presentar su vivienda y a su familia por razones de seguridad? Estas y otras inferencias son ya un adelanto de la producción de datos acerca de, por ejemplo, el grupo de edad al que representan los informantes, y no sólo -o no tanto- un obstáculo para concretar el acceso a la familia del informante. No se trata tanto del caso particular de tal o cual sino, más bien, del de un sector definido por su posición social y- por su dependencia en virtud de lazos de parentesco. Por consiguiente, si ser “local- o -visitante” es asimilado a realizar el encuentro en el medio habitual, también puede ocurrir que el informante no quiera ser del todo “local, debido a ciertas restricciones que integran su cotidianidad, y que, por el contrario, se sienta muy cómodo en otro sitio. Es pertinente entonces indagar en las formas en que el entrevistado categoriza el sitio de entrevista, sea cual fuere, y reflexionar acerca del modo en que incide en el vínculo y la información. Quizá, como medida práctica, sea aconsejable dejar que en una primera instancia sea el informante quien decida adónde encontrarse e ir explorando, gradualmente, una posible relocalización. Él sabrá por qué eligió ese ámbito, quedando por cuenta del investigador averiguar la razón.

El contexto restringido incluye también a las personas presentes en el encuentro y que operan como testigos de la entrevista. Recordando el significado de las categorías sociales, puede ser distinto escuchar “acá la gente no sabe vivir, son unos negros de m...” de boca de una familia que vive en el límite de la villa. pero en casa propia. o de boca de una familia que vive dentro de una villa y, más aún, de otra familia que está a punto de recibir un departamento. Asimismo, es distinto que esto se enuncie ante la sola presencia del investigador, a hacerlo delante de otros vecinos, también residentes de la villa. o de vecinos de barrios colindantes. El objetivo puede ser aspirar a establecer cierta complicidad con el investigador como representante de una clase superior y diferenciarse del resto, poner de manifiesto un proceso de ascenso social, etc. Pero todo esto no puede saberse de antemano.

Los ritmos del encuentro

Poco puede decirse a priori acerca de los momentos que tienen lugar a lo largo de la entrevista, más allá de identificar un inicio, un desarrollo y un cierre de cada encuentro. Sin embargo, podemos revisar algunos criterios generales para tener en cuenta.

Como parte de las actividades desarrolladas en campo y de la observación participante. la entrevista antropológica puede dar comienzo en cualquier lugar, sin concertación previa con cualquier persona y tener una duración variable. Puede consistir en un breve intercambio de palabras en la calle o a

la entrada de un edificio, transformarse en una charla de café o en una seria y meticulosa conversación sobre algún tema de interés del investigador - que es como solemos concebir a la entrevista-. Todas estas posibilidades son difíciles de prever, sobre todo cuando se adopta para el trabajo de campo técnicas flexibles y no directivas. A partir de su experiencia. Ariel Gravano (19S,) explica:

en un trabajo de prospección de un barrio, donde se intentó obtener una imagen lo más global posible de la vida barrial, el investigador opta por entrevistas ocasionales, de -calle". La gente, es obvio. no sale de su casa preparada para que la paren y le planteen una entrevista. Esto es parte de las condiciones propias del potencial informante. Pero también el investigador se encuentra condicionado por esa situación. Las alternativas podrían ser desde no recibir el más mínimo apunte de parte del vecino, como terminar haciendo una entrevista de hora y media, sin ningún problema. Pero esto el entrevistador no lo sabe.

Aunque compartimos el criterio más generalizado según el cual una entrevista requiere un lapso mínimo para que las partes intercambien impresiones de su presentación -voluntaria e involuntaria y se vayan conociendo, no quisiéramos perder de vista las instancias informales -aun dentro de la entrevista formal-, como los encuentros fugaces y los comentarios fuera de la situación que concebimos como típica. Ello obedece a que, al estar integrada a otras actividades de campo, cualquier ocasión y cualquier informante pueden, en principio, ofrecer material relevante; asimismo, cualquier comentario puede revestir una significación que, aunque inadvertida en el momento, se descubra relevante tiempo después, al releer las notas o al internarse en el universo de los actores. El propósito de esta reflexión es señalar que, si les reconocemos a estos encuentros casuales una importancia potencial similar a la de una entrevista programada, se les podrá sacar provecho; el campo en su totalidad puede ser significativo; todo es cuestión de acceder a esa significatividad sin predeterminedar sociocéntricamente qué vale y qué no. El trabajo de campo en el medio habitual del investigador ha tendido a descuidar estas pequeñas instancias de relación y producción de datos. ya que el investigador no suele ser testigo inmediato de la vida social de sus informantes y si] información proviene casi exclusivamente de la situación formalizada de entrevista. Quizás éste -y todo lo que ello implica- sea uno de los desafíos a la "relocalización del trabajo de campo antropológico" en las llamadas "sociedades complejas". Por otra parte. estos encuentros fugaces son germen potencial de relaciones más profundas. A diferencia de la entrevista formal, que nace de un acuerdo previo, la entrevista antropológica se ha generado tradicionalmente en el marco de la convivencia y la vida cotidiana. De ahí que el valor de cada encuentro sea variable, no sólo por la

cantidad y calidad del material a obtener sino, además, por el ángulo desde el cual el investigador concibe la entrevista, otras técnicas y el mismo trabajo de campo.

Pero detengámonos en las entrevistas de mediana y larga duración. Al comienzo puede ser aconsejable no enfocar temáticas demasiado acotadas, hasta que la relación esté más avanzada y el informante conozca más acabadamente los objetivos que persigue el investigador. En las primeras entrevistas quizá sea conveniente abordar temas generales, poco comprometidos y no irritativos: al comenzar el encuentro puede ser oportuno referirse a los llamados "temas triviales", los que cambian según el sector social y cultural ("¿Qué día!, ¿eh?"; "¿Cuántos años tiene la criatura?"). Cada encuentro, sin embargo. es una caja de sorpresas y puede revelar cuestiones que se suponían confidencialísimas y que probablemente no se vuelvan a repetir (como le sucedió a Roberto en La Boca).

Con respecto a la duración de la entrevista, una de las premisas es no cansar al informante ni abusar de su tiempo y disposición, ya sea porque el material recogido en circunstancias de abuso suele suministrarse por compromiso y para "sacarse de encima al investigador", va sea porque este clima cierra las puertas de encuentros ulteriores y del vínculo con el informante. Se puede, entonces, intercalar preguntas de distinto tipo - descriptivas, experienciales, ejemplificadoras, etc.-. Cuando el informante percibe que es interrogado sin tregua. en una relación verbal asimétrica, intercalar alguna experiencia o comentario acerca de alguna vivencia del investigador puede hacer simétricos los términos verbales de la relación. Quizá de este modo se contribuya a crear un espacio para que el informante exprese sus dudas, formule sus preguntas. Estas consideraciones dependen, sin embargo. de una distinción fundamental: el tiempo del investigador no es el tiempo de los informantes; éstos no son máquinas de vomitar material según los plazos que debe cumplir el investigador. Y aunque no sea posible desconocer estas determinaciones -un plazo de entrega, un informe, una clase-, quizá convenga ponderarlas en función de lo que se desea obtener. de lo que se pierde y. fundamentalmente. de quienes serán los destinatarios finales de la investigación.

Los tiempos se negocian y construyen recíprocamente, en la reflexividad de la relación de campo. Las esperas, las urgencias, las pausas y los retrasos son también significados que el investigador debe aprender "en carne propia". Tradicionalmente, los antropólogos se han manejado sin horarios. La coresidencia libera al investigador de otras actividades y obligaciones: está *full time* con sus informantes. Sin embargo, el tiempo no es sólo una demanda exterior sino, fundamentalmente, un ritmo interno. De manera que, haya o no plazos para presentar el informe final o el sociodiagnóstico (o antropodiagnóstico), la impaciencia puede forzar al investigador a que

éste, a su vez, fuerce a sus informantes. No diremos que el investigador deba abstenerse de sentir ansiedad o que “pierda el tiempo”, sino que, como tantos otros contrastes en el campo, quizá convenga exagerar y sentir cómo se oponen los ritmos propios y los del campo para finalmente extenderlos y poder incorporarlos.

El cierre o desenlace del encuentro presenta también sus peculiaridades. Pueden sucederse intrusiones ajenas a la voluntad de ambos, que den por terminada la entrevista o cambien profundamente su tono. Por lo que atañe al investigador, no es conveniente concluir el encuentro de manera abrupta, en momentos de gran emotividad y expresividad del informante o durante el tratamiento de puntos conflictivos y/o tabú. Estas y otras recomendaciones pertenecen a la esfera del trato interpersonal y seguramente habrán de ser manejados de modo adecuado por cada investigador según sus propias características. Como verdad de perogrullo puede ser adecuado concluir la entrevista dejando abierta la posibilidad de futuros encuentros.

3. De controles y mentiras

Es casi un lugar común encontrar en la literatura acerca de la entrevista y las técnicas en general una serie de consideraciones sobre la confiabilidad de los informantes y la veracidad de la información. Este problema es visualizado particularmente en las entrevistas no dirigidas, las encuestas y los cuestionarios. Y no es por casualidad que no aparezca como problema al analizar los alcances y las limitaciones de otras técnicas como la observación o la observación participante. ¿Por qué sucede esto? Acostumbrados a un marco positivista, los científicos sociales hemos buscado la norma social en las prácticas; una radiografía de la sociedad es armónica y acabada cuando los valores y los patrones verbalizados conciben uno a uno con los sistemas de prácticas de los actores. De modo tal que los casos que no se ajusten a este dictado deben ser tratados “como lo que son”: casos desviantes. Es entonces el momento de analizarlos como problemas. En cambio, los que demuestran cierta congruencia no se ponen en cuestión. La observación participante no tendría este inconveniente al garantizar la verdad desde la presencia directa del investigador. Por el contrario, las verbalizaciones son, como vimos en el capítulo 2, una fuente siempre latente de distorsión y- subjetividad que introducen los actores. la cortina de humo de la verdad.

Esta posición puede cuestionarse con distintos argumentos. El primero es la ilusión empirista a la que ya nos hemos referido: la presencia directa del investigador no garantiza una mirada mejor, ni una decodificación mayor del universo de los actores. En segundo lugar, esta postura supone una

relación de correspondencia entre dos dominios que en rigor operan con lineamientos propios. El dominio de las prácticas es diferente del de las nociones y representaciones (Holy y Stuchlik, 1983). Desde otra denominación, el campo de lo ideológico tiene su especificidad no reductible ni predeterminada por otras instancias de lo social (Díaz, Guber, Sorter y Visacovsky, 1986). Al suponer que son lo mismo, es legítimo exigir una congruencia absoluta entre lo que la gente dice y lo que la gente hace. Tal es el caso del padre o la madre que dice que a los hijos hay que comprenderlos y explicarles y que el castigo corporal es innecesario y contraproducente. Sin embargo, a la primera travesura y ante la mirada perpleja de un observador externo, la madre toma el cinturón y le descarga un latigazo al eventual infractor. ¿Qué es verdad y qué es falso: que no hay que pegarle o que le pega? Ambos, sólo que lo realmente verdadero es -por el momento y limitándonos al ejemplo- que el informante sustenta el valor “no hay que pegarle a los niños” y practica (al menos en ese entonces) el castigo corporal. La vida social está llena de estas aparentes contradicciones que aparecen como tales a la hora de conceptualizarlas. Si se advierte que ambos dominios son diferentes, y por lo tanto operan según lógicas distintas, y que la relación entre uno y otro es parte del cometido que se propone el trabajo de campo, tanto la correspondencia como la divergencia serán objeto de indagación, es decir, serán problemáticas. Aunque no nos extenderemos más en este punto, quisiéramos señalar que en el tema que nos ocupa, ello concierne directamente a la conceptualización del trabajo empírico, de las técnicas no directivas y, sobre todo, de la necesaria pero problemática relación entre observación del investigador y verbalizaciones de los informantes y la complementación entre la observación participante y la entrevista antropológica.

Esta discusión es fundamental por sus derivaciones teóricas, por su incidencia en el análisis de datos y en los criterios de validez de la información. En todo caso sugerimos que, más que preguntarnos si lo que se nos ha dicho es cierto o no lo es, conviene averiguar qué significa y cuáles son las implicancias posibles de lo que se dice (e inferir lo que se calla). Esto no pretende invalidar la búsqueda de criterios de verificación y de ajuste de los discursos a los hechos. Pero cabe aquí distinguir dos cuestiones. La primera es que, como vimos, hay preguntas fácticas y preguntas de opinión o valoración. La segunda es que las verbalizaciones trasuntan siempre valoraciones, aun cuando se refieran a datos fácticos, de manera que es conveniente distinguir ambas dimensiones para establecer qué se quiere verificar. Parece claro, entonces, que lo que se verifica es la dimensión fáctica, pero la opinión (hecho valorativo) es verdadera por su sola emergencia, su mera aparición. En todo caso, habría que preguntarse si el informante sustenta realmente esta opinión o, de no sustentarla, por qué

la brinda. Por eso, en el ejemplo citado más arriba, la madre efectivamente sustenta la valoración de que no se debe castigar corporalmente a los hijos. Pero si seguimos consecuentes con la distinción entre dominios nocional y de las acciones, dicha sustentación no garantiza, ni excluye, ni predetermina que la práctica contradiga la verbalización.⁴

Cuando de esto se trata, es conveniente proceder a una especie de crítica de fuentes, al modo de los historiadores. Los sucesos contemporáneos se pueden cotejar con otros testigos; esto vale también para hechos del pasado. Una de las críticas recomendables es la de plausibilidad, esto es, si el hecho en cuestión era factible en tales y cuales circunstancias, apoyándose el investigador en lo que conoce de su área en estudio. La crítica del informante es semejante a la crítica de las fuentes históricas, cuando se evalúa quién la ha escrito, con qué fin y en qué contexto (Nacuzzi, 2002) - ya nos hemos referido a este punto en el capítulo 6-. La fiabilidad de un individuo, sus deseos de agradar al investigador y su tendencia a la magnificación se agregan a los criterios de ponderación. Por otra parte, pueden ser fuentes de distorsión el no haber sido testigo directo de los hechos, sino apoyarse en comentarios de terceros (esto es, ser un “informante de segunda mano”), así como la selectividad que toda observación y registro implican, en función de los intereses, preocupaciones y posición en el evento (Whyte, 1982: 116). El control cruzado de la información entre individuos con diverso grado de involucramiento en los sucesos es el modo más usual para verificar datos fácticos. Sin embargo, como vimos, la divergencia entre versiones no implica necesariamente distinto grado de veracidad. Consideramos que hay información que posiblemente no se alcance jamás; pero, en ese caso, es tan importante tratar de acceder a ella como darse cuenta de que no se ha accedido y buscar una explicación de esto. Por otra parte, nunca se sabe de antemano si se habrá o no de acceder; es cuestión de probar. Por eso preferimos no distinguir las verbalizaciones de los informantes entre verdaderas y falsas, sino entre verbalizaciones que se corresponden con los hechos fácticos y verbalizaciones que no. Como la concordancia entre ambos no está dada previamente, su indagación en campo es más bien una condición de la investigación que un rastreo de informantes mentirosos. Por último, quisiéramos señalar un punto nodal de la investigación social que ha estado presente a lo largo de este trabajo, y al que ya nos hemos

⁴ Para el análisis de un caso de identidad falsa y su comparación reflexiva con la identidad “verdadera” de la investigadora, véase Guber (1998). Para análisis metodológicos y etnográficos, véanse Metcalf (2002) y Nachman (1986).

referido. Se trata de lo que Bourdieu, Passeron y Chamboredon (1975) llaman “la ilusión de transparencia”, esto es, suponer que la respuesta de los informantes deriva, casi inmediatamente, en elaboración del investigador en términos teóricos. El investigador solicita a los informantes que verbalicen la explicación de un hecho social, cuando éstos sólo están en condiciones de aportar materiales parciales y a un nivel empírico. Se suele dar el caso de los trabajos donde se les pregunta a los entrevistados: “¿por qué emigró?”, y éstos responden: “para progresar en la vida”, tras lo cual, el investigador concluye que la migración obedece a la intención de movilidad social. La ilusión de transparencia requiere lógicamente que el entrevistado “diga la verdad”, pero no “la verdad” desde su perspectiva sino la verdad científica. Esta confusión no es poco frecuente en las ciencias sociales, confusión que se agrava, como va señalamos al analizar los términos del cuestionario, por el uso de los mismos términos empleados en el lenguaje corriente y en el académico.

Aunque el punto demandaría un tratamiento más detallado, es conveniente reparar en las implicancias epistemológicas y teóricas de las explicaciones “por propósitos y motivos”, como “la explicación” última de las ciencias sociales. Por nuestra parte, hemos apuntado que la respuesta del migrante puede contribuir a construir la perspectiva del actor y a analizar la especificación de un proceso social en un mundo preinterpretado por los sujetos, pero no es, en sí misma, la explicación que debe elaborar el investigador.

4. ¿Una buena o mala entrevista?

La evaluación de la entrevista reconoce distintas instancias: algunas más inmediatas y que se refieren a los futuros movimientos en campo; otras, a largo plazo, que se relacionan con el propósito del trabajo de campo en esa investigación y con el objeto de conocimiento específico. Los criterios obviamente son variables, aunque podríamos considerar algunos lineamientos generales. Estos lineamientos no corresponden sólo a la dinámica particular, sino también a la dinámica general de la entrevista en la investigación. Los objetivos se plasman en la obtención de una profusa información que será de “buena calidad” si resulta de verbalizaciones de los informantes y exhibe su propia lógica de asociación y exposición, con breves pero, diferenciadas intervenciones del investigador. En este punto, es decisiva la elaboración del registro. La entrevista pudo haber sido excelente, pero si en las notas sólo figuran las inferencias y conclusiones del investigador, éste no tendrá la posibilidad de consultarlas para ratificar sus supuestos iniciales o la especificación con que los actores han construido su propia lógica de la vida social.

Sin embargo, para que esto sea posible es imprescindible cuidar la verdadera fuente de información: la relación personal con los informantes (obsérvese que no decimos “cuidar al informante” porque el investigador es, también, parte de esa fuente); sólo en el seno de una relación continuada, vivida en buenos términos es posible profundizar y sistematizar información, abrir el campo a una amplia red de informantes y abrir los propios sentidos; pero además, si el informante no se siente cómodo en la relación, aun cuando el trabajo de campo se encuentre avanzado, quizá esto esté revelando alguna incompreensión del investigador acerca de un punto importante de dicha relación, lo cual seguramente estará incidiendo en la calidad de la información obtenida y en los datos producidos.

Si en la entrevista antropológica todo es negociable, no por ello la pertinaz reticencia del investigador a definir de antemano una serie de pautas de trabajo significa caos ni desorganización; que todo sea negociable significa que las instancias se van definiendo conforme avanza la relación y el conocimiento recíproco en campo entre el investigador y los informantes. Es en este camino que se construye, por un lado, el conocimiento y, por el otro, la herramienta para alcanzar ese conocimiento. La entrevista es, pues, una herramienta de recolección de información, pero como otras técnicas antropológicas y como el trabajo de campo, también una instancia de producción de datos.

5. El *rapport* ¿una utopía necesaria?

Una obsesión recorre el trabajo de campo: ganar acceso a los informantes. La literatura antropológica ha tipificado los momentos que atraviesa el trabajo de campo, los avatares y vicisitudes del vínculo más importante del investigador en esta etapa: el mantenido con los actores, sus informantes. El comienzo ha sido catalogado como la etapa más compleja, difícil: desde entonces, el investigador se desvive por alcanzar el *desideratum* de la relación: lograr el *rapport*, algo así como una relación armónica, cordial y empática. Sin embargo, a pesar de las múltiples definiciones de este *leitmotiv* antropológico, parece casi imposible establecer un sentido uniforme del término.

En un intento por sistematizar el camino más directo para alcanzar este “oasis”, Spradley. (1979) propone cuatro estadios. La aprensión es una sensación de incertidumbre y vacío, una interrogación motivada en la desconfianza mutua y las suspicacias. Tiene lugar en los primeros encuentros, cuando todavía el informante no sabe qué se espera de él ni cómo suministrar información ni cuáles son los datos relevantes y cuáles no lo son. Pero, por su parte, el investigador tampoco sabe cómo interpretar

todavía las respuestas ni los sentidos que subyacen tras los términos enunciados por el informante. En el segundo momento, la exploración, ambas partes buscan indicios que les permitan develar sus incógnitas recíprocas, desde cotejar las respuestas dadas por varios informantes hasta cotejar lo que el investigador dice que hará con lo que realmente hace. El tercer momento es la activa cooperación, cuando ambos han alcanzado un mayor conocimiento recíproco y, al compartir una mínima definición del encuentro, actúan en función de ella. Un último momento atañe a la participación del informante en el rol que le asigna el investigador. Por ejemplo, cuando aquél pasa a oficiar de etnógrafo de sus coterráneos y compañeros, lo que significa que ha comprendido qué es lo relevante para recordar y comunicar al antropólogo.

El *rapport* sería, pues, un estado ideal de relación entre el investigador y los informantes, basado en un contexto de relación favorable, fundado en la confianza y la cooperación mutua que viabiliza un flujo, también ideal, de información (esto es, un material genuino, veraz, detallado, de primera mano).

El *rapport* ha servido de utopía movilizadora, especialmente en aquellos momentos en que el investigador se percibe en un punto muerto y crítico de su comunicación con los informantes. La razón de esta utopía podría residir en la tensión y las ansiedades del trabajo de campo, pues el investigador se propone descubrir las contradicciones y los contrastes con sus propios modelos y desde aquí dar con la lógica de modelos alternativos. Sin embargo, este espejismo puede tornarse en un eje desmovilizador que consume la actitud crítica del investigador. Veamos por qué. Ni en su forma ni en sus contenidos el *rapport* es un estado universal, si bien puede aceptarse que hay contextos más y menos favorables para establecer un vínculo. Interviene, en primer lugar, la ecuación personal del antropólogo y de los actores que, si bien modeladas por la cultura, asumen una serie de variantes que inciden en el vínculo entre ambos polos de la relación investigativa. Esta relación, además, se inscribe en un proceso social y es significada por él, de manera que el *rapport* asume características particulares según los patrones socioculturales que rigen los tipos de relaciones en cada sociedad, en cada sector social y para cada situación.

Al perseguir un estado pleno e ideal en sus relaciones, el investigador puede caer en algunas trampas; la más común es conformarse con lo que ha alcanzado y abandonar el proceso crítico de evaluación de la información y de las razones que guían al informante a decir lo que dice y a hacer lo que hace cuando está en su presencia. Creer que se lo ha conquistado puede conducirlo a desplazar un vínculo de índole social y cultural a una cuestión de encantos personales, cerrando la posibilidad de analizar y comprender una relación coproducida socialmente. Es decir, el *rapport* subsume bajo la

ecuación personal -que obviamente existe y es relevante- aspectos que se relacionan directamente con el proceso de aprendizaje que el investigador está llevando a cabo sobre el mundo social de los actores. Además, puede conducir a psicologizar e individualizar todo. Ante un estado que el investigador imagina como la relación ideal, el vínculo se cristaliza y no hay lugar ya para el proceso de contrastes y reflexividad en el trabajo de campo. Es cierto que las transacciones no son idénticas al comenzar que al promediar el trabajo, pero se suceden, con distintas modalidades, a lo largo de toda la investigación. Creer que se ha arribado, por fin, al *rapport* puede apoltronar al investigador y circunscribirlo al círculo de relaciones ya conocidas, cuyos términos se consideran satisfactorios, desechando nuevos vínculos o, incluso, los que hayan resultado más conflictivos.⁵ Ariel Gravano expone claramente la problemática que estamos planteando bajo la denominación de “confianza”.

En términos de sentido común, podríamos hablar de ganar la confianza del informante; que éste se sienta lo suficientemente distendido como para ser capaz de liberar con mayor amplitud sus puntos de vista, opiniones, ideas, sentimientos, etc. Con un poco más de rigor, empero, debemos partir de la premisa de que nunca se ganará la suficiente confianza de nadie como para que éste sea totalmente sincero con nadie. Las mismas condiciones de todo proceso de comunicación imponen una insoslayable tensión entre lo que se dice o se hace y lo que se piensa o se siente. Pretender neutralizar o anular éste dispositivo condicionante es de todas maneras estéril, va que se llega a la encrucijada de o tener que “creer- todo lo que el informante expresa con gestos, actitudes, palabras, o “sospechar” de todo lo que nos manifiesta.

La alternativa metodológica consiste precisamente en operar sobre y gracias a esta tensión condicionante. Porque seamos honestos, si esta tensión no existiera, si el ser humano fuera capaz de decir y manifestar todo, esto es, de ser totalmente objetivo, poca tarea nos quedaría a nosotros como investigadores sociales. Bastaría con colocarnos de perfil, con la oreja de pantalla y retransmitir lo que meramente escucháramos. La manera de hacer posible una apertura lo más amplia y explícita de los significados concretos del informante en un primer contacto, entonces, dependen en una gran medida de nuestro interés puesto en el más allá de su postura o verbalización iniciales (el saludo, por, ejemplo) y, sobre todo, del resultado del semblanteo que él haga de nosotros. Como el condicionamiento y la tensión son mutuas, un camino eficaz puede consistir en explicitar en el registro nuestros propios sentimientos, sospechas, preconceptos, temores, dudas, certezas, acerca de lo que va transcurriendo en la relación” (Gravano, 1987, notas de campo).

Ya hemos señalado que son precisamente los momentos de desencuentro, de crisis comunicativa y de contradicción los que suscitan el cuestionamiento cuando se trabaja con las herramientas tradicionales del investigador, lo que le obliga a revisar sus propios modelos para interpretar qué ocurre (Willis, 1984). Al calificar una relación como gozando del *rapport* necesario, todo ocurre como si, una vez conseguido, aquellos problemas desaparecieran. Desde nuestra perspectiva, esta desaparición transforma al investigador en un recolector de obviedades, no en un productor de conocimientos.

Si bien puede ser útil distinguir los estadios que atraviesa la relación con cada informante y con el campo en general, la trampa del *rapport* es creer que existe un *happy end* lleno de certezas y adoptar actitudes concesivas ante la información y los datos obtenidos. Pero si se lo concibe como una instancia de la relación entre investigador e informantes, en la cual ambos han construido un sentido compartido de la investigación y en que el investigador va realizando el pasaje de un modelo formulado en sus términos a otro modelo en términos del informante, entonces la figura del *rapport* adquiere la imagen del proceso de conocimiento sobre la población estudiada y su logro es el logro de la investigación misma. Desde esta óptica, entablar el *rapport* significa que aquella dimensión descriptivo-explicativa del mundo social de los informantes y la perspectiva teórica adoptada se plasman y traducen en la relación misma entre el investigador y los sujetos de estudio.

⁵ Para el análisis de un caso en que, tras dos años de *rapport*, la investigadora fue expulsada del campo por un sector de la población con que ella venía trabajando, véase Guber (1995).

12. El registro de campo: primer análisis de datos

La concepción tradicional del trabajo de campo ha seguido los parámetros del naturalismo: captación inmediata de “lo real”, “recolección de datos” y posterior análisis en gabinete. Esta concepción ha incidido en varios aspectos de la operación por excelencia de obtención de información: el registro de datos. Según esta corriente, el registro es un medio por el cual se duplica el campo en las notas (registro escrito), en imágenes (fotografía y cine) y en sonidos (registro magnetofónico). Así, el investigador “recolecta lo real tal cual es”, esto es, “recoge datos”. La revisión del sentido del trabajo de campo y de la relación entre investigador e informantes, mediatizada por las técnicas de obtención de información y la situación de campo, ha llevado a resignificar las formas de registro sin por eso desechar los aportes que la labor antropológica ha realizado a lo largo de su historia. Un aspecto desde el cual se reformula el lugar del registro de campo es la incidencia del investigador en el recorte de lo relevado. El proceso investigativo que ha propuesto tradicionalmente una mirada abierta a la totalidad social y sin sesgos etnocéntricos, plantea ahora el ideal de ampliar progresivamente la mirada y la capacidad de registrar, captar y detectar información significativa para ser integrada a las notas, conforme avanza el trabajo de campo en una relación reflexiva de conocimiento paralelo, recíproco entre investigador e informantes. Esto es: se ve lo que se puede ver. Tratemos, entonces, de ver cada vez más y mejor. El registro es la manifestación concreta de este proceso y de cómo el investigador concibe el campo y cuanto sucede en él. Con el registro, el investigador no se lleva el campo a casa: se trata más bien de una imagen especular del proceso de conocimiento que incluye las condiciones en que dicho conocimiento tiene lugar. Al situarse en un contexto determinado, la relación entre investigador e informantes se concreta y complejiza incorporando las variantes de dicha relación. En ese proceso, el registro es una especie de cristalización de la relación, vista desde el ángulo de quien hace las anotaciones o fija el teleobjetivo de la cámara.

Sin embargo, como hemos dicho reiteradamente, este ángulo no es equiparable a lo registrado sino que implica un recorte de lo que el investigador supone relevante y significativo (siempre desde el grado de apertura que le permite su mirada en ese momento de su trabajo). Por eso, el registro es una valiosa ayuda no sólo para preservar información, sino también para visualizar el proceso por el cual el investigador va abriendo su mirada, aprehendiendo el campo y aprehendiéndose a sí mismo. De ahí que

resulta imprescindible que el investigador registre todos aquellos aspectos que pueden echar luz acerca de por qué se registran algunas cuestiones y relegan otras, por qué se repara en determinados aspectos y se secundarizan otros, por qué se los integra de este y no de otro modo. Lo que el investigador tiene en su registro es la materialización de su propia perspectiva de conocimiento sobre una realidad determinada y no esa realidad en sí. Sin embargo, esto no significa que la realidad no exista o sea irrelevante, porque el investigador está permanentemente intentando dar cuenta más y mejor de ella. Para que ese registro se torne cada vez más complejo y revele mayores aspectos de la perspectiva del actor y sus vetas inesperadas,⁶ es necesario explicitar a cada paso la intervención de quien registra, pues, como también señalamos, el investigador sólo puede ampliar su mirada si reconoce los contrastes con el mundo social de sus informantes, interrogándose por el significado, en su propio marco conceptual y en función de su objeto de conocimiento, del material obtenido, transformado en dato.

1. Formas de registro

Tradicionalmente se ha optado por una u otra forma de registro, según su grado de fidelidad con respecto al referente empírico. Sin desechar este criterio, pero teniendo en claro la incidencia del investigador en dicho proceso, podemos añadir que las formas de registro son también factores que inciden en la dinámica de lo real, y que deben ser analizadas en función de esa incidencia. Esto significa que el recurso al que apele el investigador no es más o menos favorable porque altere o no el campo o la conducta de los informantes, sino porque cada forma de registro, así como cada investigador y cada personalidad, inciden de algún modo y es este modo el que debe reconocerse y explicitarse. Aun cuando el investigador no lleve consigo ningún implemento técnico (grabador, filmadora, etc.), su sola presencia, su atención y su comportamiento inciden en el medio observado. Lo deseable no es que esta incidencia no exista, porque existe, sino que sea reconocida, caracterizada e incorporada como condición de la investigación y el conocimiento social.

El investigador puede realizar el registro durante la entrevista o posteriormente. En el primer caso, por medio de un grabador, lo que le asegura una fidelidad casi total (casi, porque pueden aparecer problemas técnicos de nitidez en la grabación o en la dicción) de lo verbalizado, o en una libreta de notas (en versión taquigráfica, tomando algunas expresiones

⁶ Para el análisis de cómo Esther Hermitte consiguió hacer un lugar en sus notas de campo para captar lo inesperado, véase GTTCE (2001).

textuales o breves indicadores de los temas tratados que se completarán a posteriori). En el segundo caso, sin haber tomado notas en absoluto, se apela a la memoria y a la reconstrucción una vez realizados la observación y el encuentro (el registro filmico en antropología ha sido muy elaborado en las últimas dos décadas, de manera que obviaremos aquí su tratamiento). Cada uno de estos sistemas presenta sus ventajas y desventajas, que es conveniente explicitar para controlar sus efectos.

Con respecto al informante, la grabación combina un efecto de total fidelidad con otro contraproducente de inhibición, reticencia o temor; con respecto al investigador, implica una mayor comodidad, al punto que es frecuente desentenderse de lo que se está hablando. El investigador no recuerda a ciencia cierta qué se trató en el encuentro: también suele suceder que el informante “se largue a hablar” cuando se apaga el grabador. La extrema dependencia de este recurso técnico puede implicar que el investigador no se anime a registrar los datos fuera de libreta y, finalmente, los pierda. Por otra parte, la grabación exige una desgrabación, que suele ser lenta y costosa, lo que ayuda a que estas tareas se posterguen para una vez finalizado el trabajo de campo; esto presenta el inconveniente de que, por la índole del proceso de conocimiento antropológico en campo, ya no se trata de un trabajo reflexivo sino, de hecho, de una captación empirista de información. Al no proceder a la simultánea elaboración/construcción de la perspectiva del actor, el trabajo de campo se transforma en la aplicación cada vez más cristalizada de cuestionarios y de miradas guiados por la costumbre y no por un examen crítico. Por eso, la transcripción de notas es una de las herramientas, por excelencia, de la elaboración reflexiva de lo sucedido en campo y de la producción de datos. No basta con tenerlos almacenados en un bibliorato o en la base de una computadora. Es necesario trabajarlos, estudiarlos, relacionarlos e interpretarlos.

Cabe acotar que el supuesto según el cual la grabación asegura “llevarse el campo a casa” es cierto sólo en la medida en que se registran sonidos físicos verbalizados por el informante; pero ello no garantiza la reconstrucción exacta de la situación en la cual se producen dichas verbalizaciones; tampoco se retienen gestos, expresiones faciales y corporales, la identidad de las personas reunidas, movimientos y reacomodamientos, eventos antecedentes y consecuentes de la entrevista y la actitud del investigador, que puede ser decisiva para la del informante. Pero su limitación no es solo técnica sino epistemológica. Si bien es cierto que un buen y fiel registro permite volver a los datos con confiabilidad y revivir las condiciones de la información del campo cualquiera sea el lapso transcurrido desde su obtención, es conveniente no homologar veracidad de la información y veracidad de las conclusiones. El registro grabado no evita el recorte y la

construcción de datos, pues éstos, en tanto pasen a integrar el sistema explicativo, son siempre una construcción del investigador. Lo mismo ocurre con la perspectiva del actor, aunque ésta puede estar más o menos cargada de perspectivas etnocéntricas. En el camino para descentrar el conocimiento de la unidad social, es imprescindible contar con un nutrido cuerpo de materiales. Sin embargo, la forma de registro se encuadra en el contexto de una relación social. Y suele ocurrir que el informante tenga una imagen estereotipada de la investigación social, que requiera de ciertas prácticas para legitimarse, como la presencia del grabador y los papeles.

Si el investigador es veloz para tomar notas simultáneamente a la entrevista, la función del grabador puede ser sustituida por versiones más o menos completas de lo verbalizado. Por ejemplo, los registros de lo que ocurre en una clase suelen realizarse por este medio, valiéndose de una serie de criterios de notación que permiten, a diferencia del grabador, incorporar la conducta de los alumnos y la disposición del maestro, y lo que se escribe en las pizarras (véanse Rockwell, 1986; Bulmer, 1982; Woods, 1987). Para registros en el campo educativo, Rockwell sugiere utilizar:

“ ” a para notación textual;
// para textual aproximada;
() para aclaraciones contextuales como climas, gestos, etc.:
(...) lo que no se alcanza a registrar;
... el que habla y no termina;
subrayado lo que se escribe en el pizarrón o se dicta.

Sin embargo, este medio reitera algunas dificultades del registro magnetofónico y les suma otras nuevas. Una de ellas es poner al investigador ante el dilema de atender y mirar al informante o tomar notas; en el curso de la entrevista, el registro escrito puede incomodar al informante, quien puede optar por empezar a dictarle al investigador en vez de expresarse más espontáneamente. Por otra parte, el contacto visual es fundamental para establecer una relación de confianza, proximidad y soltura, marco conveniente para desarrollar buenas entrevistas. Quizá sea aconsejable postergar el registro o tomar nota indicando los temas tratados y algunas expresiones que parezcan “interesantes” en función de los objetivos del investigador, sus hipótesis o, incluso, sus intuiciones. La obsesión por “anotar todo” también puede dar por resultado que el investigador no formule preguntas en momentos en que la conversación decae y, se pueden llegar a producir, entonces, silencios desconcertantes para ambos. El registro escrito simultáneo puede estorbar al informante en la medida en que le recuerda permanentemente que está siendo registrado; su inhibición es entonces una versión corregida y aumentada de la

producida por el grabador, porque con éste funcionando. dispuesto en forma no demasiado evidente, las partes pueden olvidar su presencia a medida que se desarrolla el encuentro. El contacto visual con el investigador compensa la atención hacia la forma de registro. lo cual no ocurre con el registro escrito simultáneo. Si el informante concibe el trabajo serio como aquel que involucra formas de registro visibles y éstas no son empleadas, puede ofenderse suponiendo que el investigador olvidará partes relevantes de su discurso o que le está tomando el pelo o que distorsionará todo cuanto le diga. Es usual que el informante pregunte, después de dos horas o más de entrevista informal: “¿Y? ¿Cuándo me va a hacer la entrevista?”, o bien, que le “tome examen” al investigador para cerciorarse de que, aún sin grabador y notas, se retiene lo comunicado por el informante. En estos casos. puede ser aconsejable grabar o tomar nota y. para el propio registro. continuar la entrevista como una charla informal, una vez apagado el grabador o cerrada la libreta. Aquí es cuando suelen surgir los temas de modo menos planificado o sobreactuado por el informante.

Reconstruir a posteriori de la “sesión de campo” puede ser conveniente por varias razones: en contextos conflictivos que impliquen persecución, suspicacia, enfrentamiento, el informante puede retraerse al ver comprometida su palabra en manos de un extraño y desconocer su destino, mal uso o publicidad ante grupos antagónicos. La inhibición y la vergüenza pueden tener lugar cuando se tratan temas personales o tabú para el informante, por ejemplo. sobre sexo. conflictos familiares, reflexiones acerca de cuestiones morales, etc. Los aspectos no verbalizables del encuentro y su contexto o los eventos que lo preceden y suceden también pueden registrarse de este modo, así también si el informante se explaya “fuera de libreta” sobre algún tema una vez que el investigador apaga el grabador o abandona la anotación. En todos estos casos, lo más conveniente es hacer un primer listado indicativo de los temas, en un sitio apartado o ya fuera del campo, y luego, con más tiempo, comenzar la transcripción detallada de la situación de encuentro. Aunque al principio esto parezca impracticable, conforme avanza la práctica de la memoria, la asociación y la atención en el campo, el investigador podrá retener cada vez mayor cantidad de información. Vello no sólo por la experiencia, sino también porque irá comprendiendo cada vez más lo que ve y le resultará más significativo, siéndole más sencillo relacionarlo con su problema de investigación y con sus interrogantes.

Por otra parte, el transcurso de la vida cotidiana y sus múltiples facetas no pueden ser encerrados en una cinta magnetofónica ni en una filmación. Es cierto que el registro a posteriori es menos fiel que la grabación y el registro simultáneo a la entrevista. La mente del investigador procede por recortes,

condensación y síntesis; evitar estas y otras distorsiones es parte del aprendizaje de esta técnica de registro; pero también las preguntas que el investigador lleva consigo y sus guías temáticas elaboradas en gabinete pueden darle indicios o recordarle lo que se ha tratado. Lo relevante será, sin duda. el resultado de un análisis progresivo del material obtenido, de modo que las categorías que aparezcan oscurecidas por la mala memoria puedan reaparecer con la redundancia de la vida social. Si bien cada situación es única e irreplicable y el material generado en ella es irrecuperable. la naturaleza plural y reiterada del trabajo de campo antropológico puede ser de valiosa ayuda si se sabe mirar y descubrir sus regularidades. Nunca la reiteración de señales, signos y situaciones es exacta, pero, al ser hechos sociales. la lógica de los actores presenta una combinatoria finita de posibilidades. Para ello es necesario estar presente en las más diversas situaciones de campo. De ahí la extensión de las estadías y la inmersión en la vida cotidiana, en virtud de lo cual el investigador va reconstruyendo sus notas a través de las asociaciones que le suscitan los hechos empíricos que observa e intenta registrar a partir de sus objetivos y conexiones explicativas (Whyte, 1982: 236; Kemp y Ellen, 1984: 229). Pero queda aún un último argumento a favor del registro a posteriori. Especialmente en las primeras experiencias de trabajo de campo, esta modalidad obliga al investigador a realizar una profunda introspección -y con ello. un arduo y fructífero proceso de autoconocimiento- para recordar. Ello supone, paralelamente, un aprendizaje de la elaboración de datos al tiempo que se procede a su registro, de manera que el análisis de datos es, en buena medida, paralelo (de hecho y no de palabra) al trabajo de campo mismo.

Las formas de registro dependen de varios factores que atañen a la investigación, al marco teórico y metodológico del investigador, y a la situación de entrevista y observación. La viabilidad y practicidad de diversos medios de registro dependen de cuestiones tales como la temática a tratar, su conflictividad y grado de compromiso para los informantes, la personalidad de los presentes, la etapa de la investigación y el método de análisis de datos (un análisis semiótico o de discurso requiere registros textuales). No tener en cuenta estas rendiciones y requerimientos suele conducir, en una extraña combinación con la avidez de “llevar el campo a casa”, a recurrir a cualquier medio -lícito o no- para obtener y registrar información. Efectivamente, numerosos científicos sociales apelan al “grabador pirata”, que -adelantos técnicos mediante- pueden ocultar entre sus ropas o en un bolso y poner a funcionar cuando lo deseen. Este procedimiento, además de éticamente censurable -al no contar con la aprobación del informante, que es un ser humano con voluntad y raciocinio- puede tener graves consecuencias, sobre todo si la relación con

el informante no es anónima y pretende continuarse. Como este recurso es fácilmente asimilable a un acto de mala fe y espionaje, y se justifica más bien en casos de denuncia y de participante pleno (Wallraff, 1985; Linhart, 1996), su descubrimiento puede revertir en una sanción negativa al investigador y éste puede verse imposibilitado de recuperar su imagen, asociada va a la de un auténtico mentiroso; entonces deberá abandonar el campo. Pero por otra parte, consideramos que los beneficios de este recurso son de tal magnitud como para poner en peligro lo más importante con que cuenta el investigador: su relación con los informantes que son, de distintas formas, sus colaboradores. Al fin y al cabo, las vías para registrar información son parte de la reflexividad del investigador y del informante en una relación social, y, por lo tanto, son parte del proceso de conocimiento.

2. ¿Qué se registra?

Si bien a grandes rasgos los registros obedecen a los lineamientos del objeto de investigación y del marco conceptual, ello no implica una correspondencia directa, pudiendo a veces excederlos o resultarles insuficientes. Así, los datos pueden aparecer como directamente implicados en el objeto de conocimiento o como “cabos sueltos” todavía inasibles en el proceso de investigación. Lograr reunir estos cabos en una cierta unidad descriptivo-explicativa es uno de los cometidos, no el punto de partida, a menos que el investigador proceda a forzar el ingreso de dicho material en el marco teórico del que dispone. En el trabajo de campo, el investigador suele apelar a dos usos del registro que no son excluyentes. Uno es registrar sólo aquello que se vincula a lo que el investigador preveía encontrar, con sus interrogantes y con su objeto de conocimiento. Esta forma, si bien controlada, suele ser superada por el flujo de información a que se ve enfrentado el investigador y puede circunscribir el material a sus presupuestos, confirmando hipótesis, pero sin conducir hacia otras vetas y sin aportar conocimiento significativo. Otro uso es registrar todo lo que le parezca, todo lo que recuerde, y establecer luego las relaciones y no relaciones (es decir, aquello que reconoce como significativo y aquello cuya relevancia todavía no vislumbra) con su objeto de investigación. La primera variante puede dar mayor tranquilidad al investigador pero también sesga, desde el vamos, su acceso a lo empírico: no propicia la actitud de apertura de la mirada de la que ya hemos hablado. Aunque nunca se alcance, quizá sea conveniente seguir cultivando aquella vieja y productiva utopía de registrarlo todo, pero siempre y cuando se tenga claro que la amplitud de ese todo no excederá, en mucho, las referencias impuestas por el marco cognitivo del investigador. En todo caso la apertura de la mirada

será paralela a la apertura del conocimiento y de las conexiones explicativas.

Teniendo presente estas premisas proponemos registrar todo (lo posible). Siguiendo las recomendaciones de capítulos anteriores, ese todo incluye los datos observables y los audibles, esto es, los que proceden de la observación y de las verbalizaciones. Ambos tipos de datos surgen en situaciones donde convergen un ámbito, una serie de actividades y un grupo de personas (dentro de las que se cuenta el investigador o el equipo de investigación) en una secuencia de tiempo. Por último, y para que los datos puedan aportar nuevo material al conocimiento sobre la unidad social en cuestión, convendría recordar que el investigador aprende gradualmente a diferenciarse más y más de los informantes, a distinguir sus inferencias de los observables y sus valoraciones de aquellas que no le pertenecen. Esto entraña, por un lado, efectuar una nítida diferenciación entre lo que el investigador observa y escucha, aquello que creyó ver y escuchar, y lo que piensa sobre lo que vio o escuchó. Por otro lado, implica desarrollar una mayor agudeza en la captación de información significativa que pueda transformarse en datos, va a ser de sentidos, relaciones, información cuantitativa, etc.

Lo que observa, lo que oye

El investigador, aun cuando se encuentra en una entrevista, no sólo recibe información de labios de sus informantes. Observa gestos, escudriña entornos, ve actividades y movimientos de personas. Por eso su registro contiene, en todo momento, datos acústicos y observacionales. Es útil, aquí, diferenciar entre los datos observacionales (no mediatizados por el informante, sino obtenidos directamente por el investigador) y los verbalizados (que pueden consistir en referencias de los informantes sobre alguna actividad o suceso no atestiguado por el investigador). Al registrar observaciones, es frecuente caer en adjetivaciones que abrevian aparentemente la labor descriptiva del investigador. A la larga, este procedimiento inutiliza el registro, debido a su ambigüedad y a sus marcos de referencia inciertos. No es posible su reutilización ni por terceros y, probablemente, tampoco por el investigador quien, es de creer, habrá tomado suficiente distancia con los parámetros que le fueron útiles cuando hizo el registro.

Adjetivaciones como “estaba todo sucio”, “la sala de espera era grande”, “el director estaba de mal humor”, “la maestra trataba mal a los alumnos”, “el hombre estaba fuera de sí”. etc., serían inutilizables, salvo si se explicita:

- a quién pertenecen (al investigador o a algún informante);
- qué significan (“sucio”, “grande”, etc., teniendo en cuenta los términos de comparación);
- en qué elementos concretos (observables y verbalizables) se expresan (“maltrato” visualizado en qué actitudes: en qué se manifiesta “estar fuera de sí” por parte de aquel hombre, etc.).

Por otra parte, los datos procedentes de información verbalizada no son sólo aquellos que se encuadran en la entrevista *r* que responden a las preguntas del investigador. A lo largo de estas páginas, hemos intentado reafirmar la noción de que el trabajo de campo es todo cuanto ocurre en el campo (y aún fuera de él) con los informantes -reales y potenciales-y, con el investigador. De manera que cualquier hecho o enunciado, por ínfimo que parezca, puede aportar datos, echar nueva luz o suscitar otras preguntas. De modo que el contenido del registro debería estar referido a lo que sucedía desde antes de comenzar la entrevista. A los parámetros del registro podríamos llamarlos PATE (Personas - Actividades - Tiempo - Espacio).

Cualquier acontecimiento, incluidas las situaciones de entrevista, está enmarcado en coordenadas de tiempo y espacio, dentro de las cuales algunos actores llevan a cabo ciertas actividades. En un registro completo no puede faltar ninguno de estos ingredientes, como tampoco su peculiar relación, va provenga de lo manifiesto, va de las inferencias del investigador. Se contará, además, con información requerida que resulte pertinente al tema.

Personas presentes desde el comienzo hasta el final de la observación/entrevista, pueden hallarse en grados diversos de relación con el investigador. Así, no solamente caben en el registro los entrevistados, sino también los testigos o presentes esporádicos del encuentro y que, como ya vimos, pueden remodelar el contexto y, por consiguiente, afectar la disposición del informante sobre los temas a tratar, además de aportar información acerca de los vínculos del informante con otras personas en su medio laboral (si el encuentro se realiza en su trabajo), doméstico (si se lleva a cabo en su hogar) o vecinal (si se realiza en su barrio). Registrar “personas” significa tener en cuenta:

- sexo/género;
- edades (aproximadas), nacionalidad, grupo étnico ocupación;
- vínculos entre sí y formas de trato interpersonal;
- flujos sociales (en sitios públicos, reparando en la mayor afluencia en determinados horarios);
- vestimenta y ornamentación;

- actitudes generales y,
- actividades desarrolladas en el lugar.

Actividades: incluyen el número de personas que las llevan a cabo, la división de tareas, cadenas de mando y, poder, ritmo de la actividad, su tipo y duración, carácter habitual o no de la presencia de esas personas en el lugar, etc.

Tiempo: atañe, por un lado, al espacio temporal abarcado por la observación, el encuentro y la entrevista y, por el otro, a la secuencia de hechos y vicisitudes de la interacción entre el investigador y los presentes. En todo registro conviene incluir qué lapso temporal abarca, la hora de arribo del investigador y del informante.

Espacio: se incluye aquí información sobre las dimensiones del ámbito de observación/entrevista, su mobiliario, sus condiciones, objetos, decoración, como también el ámbito mayor en el que dicho lugar se encuentra

Cuanto más acabadas sean las descripciones, más información se habrá recabado y de mayor utilidad serán las notas. Pero habíamos observado que el investigador y el informante son, también, personas presentes en la situación de encuentro. Conviene, pues, registrar los datos del encuentro:

- forma de concertación (casual, planificada);
- canales de acceso al informante;
- número de encuentros previos;
- condiciones generales de la apertura condiciones generales del encuentro: interrupciones y desarrollo;
- condiciones del cierre y finalización: causas exógenas o endógenas, modo abrupto o gradual, etc.

El informante: es de suma importancia recabar su sexo, edad, nacionalidad, grupo étnico, religioso, nivel de instrucción formal, nombre o seudónimo, unidad doméstica y lugar en la unidad doméstica, ocupaciones -principal, secundaria-, antigüedad en la/s ocupación/es, lugar de residencia actual, etc. Caben también anotaciones acerca de la disposición del informante durante el encuentro, su forma de presentarse, su vestimenta, información indicativa que pudiera provenir de sus gestos o expresiones, recurrencias, redundancias y renuencias, nuevas temáticas aportadas por él, etc.

El investigador: es necesario consignar su presentación al informante y a otros presentes, su disposición previa al encuentro y en su transcurso,

expectativas del encuentro, temas que se propone relevar, primeras impresiones, preguntas, comentarios, movimientos, silencios, dudas, inferencias y supuestos, interrupciones, preguntas aclaratorias, asociaciones con material de registros previos, etc.

Epílogo

Un registro no es una recopilación de información que quedará relegada hasta finalizar el trabajo de campo. sino un material que cimienta la siguiente visita al campo (esto si seguimos siendo consecuentes con la reflexividad del investigador en el terreno y con un conocimiento no empirista de lo real) y resignifica todo lo actuado hasta el momento. De ese modo, el registro es una herramienta que puede hacer reformular el contenido y los canales de los futuros encuentros. Para que adquiera este carácter dinámico es aconsejable que, al cabo de su realización, se anoten las expectativas de trabajo futuro, que pueden incluir:

- resumen de los puntos que se presentan como más destacables de la jornada;
- nuevos informantes contactados;
- posibilidades de futuros informantes y canales de acceso a ellos;
- temas desechados o que no se pudieron explorar;
- temas a explorar con el informante;
- temas generales a explorar;
- dudas y contradicciones suscitadas por el nuevo material obtenido en la jornada;
- limitaciones del encuentro y limitaciones del investigador.

Este resumen puede ser de rápida visualización antes de emprender la nueva visita al campo o a determinado informante y además presenta un somero análisis de las líneas tratadas con cada uno y a lo largo de la investigación global.

El registro es la imagen del proceso de conocimiento de otros y de sí mismo que va experimentando el investigador; su progresiva agudeza y percepción se manifiestan en la información vertida en datos cada vez más numerosos, sorprendentes), relacionados- El registro no es un depósito de información, sino uno de los aspectos del eterno diálogo que el investigador lleva a cabo consigo para conocer a sus informantes- al mismo tiempo conocerse a sí mismo. Por consiguiente, el registro no es una fotocopia de la realidad, sino una buena radiografía del proceso cognitivo. Ello no obsta para que haya registros más y menos precisos sobre la vida social, ya que lo real existe independientemente de que el investigador esté allí para registrarlo. Lo

importante es que. al ser consecuentes con el principio de que el conocimiento es un proceso construido por un sujeto con su bagaje. el conocimiento de lo real no sea independiente del conocimiento de sí mismo. Un buen registro es. a la vez, una ventana hacia afuera y otra hacia adentro.